**"La tierra, madre de las rosas,
tiene muchos retoños".**

T. Burnett Swann

LA MANDRÁGORA

Por LUIS LAZARO

ACCESIT 1989

LA MANDRAGORA

CUADRO I

Una soleada mañana del mes de mayo de un año cualquiera, a finales del siglo XII

El patio de armas de un castillo normando, en algún lugar al sur de Londres, acoge un pequeño mercado.

ESCENA I

RECLAMO DE LOS VENDEDORES: ¡Comprad! ¡Comprad mis hermosas manzanas! ¡Fina seda de Oriente! ¡Admirar, mujeres, la seda de Oriente nunca vista en Inglaterra! ¡vino de Francia! ¡Vendo vino de Francia y sidra de Irlanda!

VENDEDOR DE TELAS: ¿Pero que sucede hoy? Ni en tiempo de peste recuerdo mayor desolación en un mercado.

VENDEDOR DE VINO Cuando el conde Juan sale de cacería, señores y villanos abandonan el castillo y se reunen como iguales, a la entrada del bosque, para esperar su regreso.

VENDEDORA DE MANZANAS: Unos, para adular su destreza con el arco y así obtener algún privilegio del Señor feudal...Los otros, por ver si el conde, en un generoso gesto, les arroja algún despojo con que llenar la olla.

VENDEDOR DE VINO ¡Pronto volverán todos! ¡Vino de Francia!

VENDEDORA DE TELAS: ¡Fina seda de Oriente!

VENDEDOR DE MANZANAS: ¡Comprad, comprad mis manzanas!

(Entre las voces se oye el rasgear de un laud, y pronto un trovador irrumpe cantando en la plaza)

TROVADOR: *(Canta a la manera irlandasa)*

(Estribillo).

"con mi "din" y con mi "don",
con mi "din" y con mi la-li-o,
y mi "di-di-di-lon-dilon",
y que vuelva el rey Ricardo"

"Salud ricos mercaderes
y graciosa vendedora,
aliviando vuestras bolsas
oiréis coplas muy hermosas"

(Al estribillo)

V. DE TELAS: ¡Ahí va esa moneda, trovador. y ojalá que tus chanzas animen este tímido mercado!

TROVADOR: ¡Qué Mercurio vele por tu hacienda, noble comerciante! Tu generosidad merece algunos versos...

(Canta).

"Esta tela tan vistosa...
¿Dices que es seda de Oriente?
¡Yo me limpio las narices
en un paño tan corriente!"

(Al estribillo, que todos cantan)

V. DE VINO: ¡Bebe mi vino francés, poeta, y dime si has probado, en tu vida, otro mejor!

TROVADOR: *(Tras apurar el vaso que le ofrece, canta)*

"¿Es este zumo de uva
que Francia mima en su huerto?
¡Si esto beben las fracesas...
quién las bese es hombre muerto!"

(Al estribillo con todos).

V. DE MANZANAS: ¿Tampoco ha de gustarte mi fruta, trovador?

TROVADOR: "Son manzanas muy sabrosas,
las que veo en tu canasta...
¡Más prefiero las que asoman
entre el vientre y la garganta!"

V. DE MANZANAS: ¡Quietas las manos!
(Todos al estribillo)

V. DE VINO: Dínos, trovador: ¿Qué noticias hay de "Corazón de León"?

V. DE TELAS: ¡Háblanos de sus victorias!

V. DE MANZANAS: ¿Cúando volverá Ricardo?

TROVADOR: ¡Grandes cosas se cuentan en Londres de las últimas hazañas del rey cruzado!

V. DE VINO: ¿Ha tomado Jerusalén?

V. DE TELAS: ¿Ha vencido de Saladino?

V. DE MANZANAS: ¡Hablă trovador!
(Pero el trovador se refugia interesadamente en su copla burlona)

TROVADOR: ...Con mi "din" y con mi "don..."

V. DE TELAS: ¡Está bien!, toma mi moneda.

V. DE MANZANAS: Y la mía...

V. DE VINO: ¡Aquí está la mía!

TROVADOR: ¡Mil gracias os sean dadas! ¡Oh, generosos mecenas del arte!
¡Oh, desprendidos amantes de la poesía! ¡Oh, desinteresados proctetores de la música! ¡Oh, bellísimas musas que inspiráis...!

V. DE VINO: ¡Cuéntanos, de una vez, las gestas de Ricardo!

TROVADOR: Paciencia, compratriotas, paciencia. Primero necesito aclararme la garganta para no desmerecer, con alguna torpeza inoportuna, el relato de los fabulosos hechos del Príncipe de la Cristiandad.

V. DE TELAS: Quiere decir, que si no le dáis vino no hay historia.

(El vendedor de vino le ofrece un pellejo y el comediante bebe un trago interminable)

V. DE VINO: ¡Eh, eh...! ¡Parad o me arruinaréis! Creí que no os gustaba mi vino.

TROVADOR: ¡¿Vino?! ¿Llamáis vino a este mediocre vinagre aguado? Sabed, señor, que me veo obligado a beber vuestro infame brebaje por exigencias de mi noble oficio, que reclama humedad permanente en la gaznate...

V. DE TELAS: ¡Muy bien! Ya habéis humedecido bastante la lengua, si es que no la habéis ahogado. ¡Comenzad, de una vez por todas, el relato de sus hazañas!

TROVADOR: ¿De sus hazañas? ¿De las hazañas de quíen?

TODOS: ¡De Ricardo!

TROVADOR: ¡De Ricardo, naturalmente, de Ricardo"Corazón de León";

Rey de Inglaterra; el más noble de los caballeros normandos; cruzado sin par en toda la Cristiandad!... ¡Dios bendiga a Ricardo!

TODOS: ¡Dios bendiga a Ricardo!

TROVADOR: Dios le bendiga y le protega más que nunca, pues sabed que, tras largos años de peregrinación, los ojos del rey contemplan al fin las murallas de Jerusalen.

V. DE VINO: ¡Jerusalén! ¡Ricardo está en Jerusalén!

V. DE MANZANAS: ¡Bendito seas Ricardo!

V. DE TELAS: ¡La Ciudad Santa liberada! ¡Demos gracias a Dios!

TROVADOR: ¡Silencio! No tan deprisa...Ricardo contempla las Santas murallas, es cierto, pero a prudente distancia; que la ciudad está bien guardada por el ejército sarraceno que manda, el muy feroz, el traicionero, el cruel Saladino.

V. DE MANZANAS: ¡Dios proteja a Ricardo!

V. DE TELAS: ¡Muerte a Saladino!

TODOS: ¡Muerte,muerte!

TROVADOR: ¡Muerte, muerte! clama el ejército cristiano; y los bravos capitanes, ansiosos de perder la vida santamente en el combate, aguardan de su rey la orden que dé comienzo a

la batalla. Pero ningún cuerno suena, ningún estandarte se alza, y Ricardo pemanece erguido, silencioso, con la vista clavada en las murallas y la mano ciñiendo con firmeza el pomo de la espada...De pronto levanta el brazo:"Calma, calma. Iré yo solo "—dice— "¡Pero Señor, es una locura!" —Advierte un capitán—...

V. DE TELAS: ¡Una locura y una estupidez!

TROVADOR: ¡Silencio!-Ruge Ricardo- "Iré yo solo, he dicho, y a singular combate retaré a Saladino. El premio del vencedor, la Ciudad Santa; para el vencido, la muerte".

Nadie osa discutir la voluntad del príncipe cristiano, y Ricardo, después de recibir la bendición de su confesor, se despide tiernamente de su amada esposa...

(El trovador utiliza a la vendedora como esposa de Ricardo)

V. DE MANZANAS: ¡Tente juglar! Ricardo salió soltero de Inglaterra.

TROVADOR: Tal vez, el amor le sorprendió durante el viaje...

V. DE MANZANAS: *(Rechazándole)*

¡No lo creo!

TROVADOR: ¡Incrédula!... ¡Muy bien!: Se despide castamente de su hermana, de su tía...de algún pariente cercano y, armado el escudo y espada, se encamina temerario hacia las puertas de la Ciudad Santa.

V. DE MANZANAS: ¡Pobre Ricardo, cuánto hemos de llorar su muerte!

V. DE VINO: ¡Es un sacrificio inútil!
¡Tendría que atacar en tromba con el grueso del ejército!

V. DE TELAS: ¡No digas tonterías! El ataque frontal está anticuado; mejor confundir al enemigo con una maniobra de distracción en los flancos mientras las catapultas siembran el pánico en el interior.

V. DE VINO: El clásico ataque en tromba sigue siendo la táctica más eficaz al comienzo del asedio...

TROVADOR: ¡¡Cuidado!! —advierte un capitán a Ricardo— pues los arqueros sarracenos disparan sus dardos sobre el rey. Pero "Corazón de León" se protege con su escudo y continúa avanzando implacable.
Cuando se halla a diez pasos de las murallas, se detiene y grita:"¡Sal Saladino, perro cobarde y asesino!"

V. DE VINO: ¿Y salió Saladino?

TROVADOR: ¡Saladino no salió! Estaba muy ocupado practicando refina-

das torturas con sus exclavos cristianos,*propina un pisotón al autor de la interrupción* y sofocando el inextinguible fuego de su lascivia en brazos de hermosas concubinas... *Aprovecha la ocasión para galantear con la vendedora*

V. DE MANZANAS: ¡Quietas las manos, Saladino!

TROVADOR: ¡Dos veces llamó el rey! y dos veces un diluvio de flechas obtuvo por respuesta...la tercera vez, no gritó.

V. DE VINO: ¿No?

TROVADOR: No... ¡Rugió! y de tal modo, que las murallas de Jerusalén se tambalearon como un día lo hicieran las de Jericó, y los innobles corazones musulmanes se encogieron, como el del cerdo que adivina el día de la matanza en la brillante mirada del matarife.
Entonces, se abrieron las puertas de la ciudad.

V. DE VINO: ¿Y salió Saladino?

TROVADOR: Saladino salió. Y con cavernosa voz que parece engendrada en la garganta del mismísimo Satanás, exclama: "¿Quién eres tú, perro cristiano, que con espantosos alaridos has osado turbar mi reposo?". Y Ricardo, solemne, responde: "Un caballero normando, decidido a recuperar para la fé verdadera, la Santa Ciudad que ultrajas con tu blasfema presencia: Soy Ricardo, rey de Inglaterra".

V. DE VINO: ¡Así se habla!

TROVADOR: "¿Y tan deseoso estás de perder la vida por tu fé, que vienes a enfrentarte solo a mi poderoso ejército?"
—pregunta burlón el sarraceno— "Evitemos una matanza, Saladino: que tu muerte o la mía decidan el destino de Jerusalén". "¡Así sea!" —responde Saladino— ¡Y que antes que el sol ponga, la cabeza de un rey de Inglaterra luzca en lo más alto de nuestras murallas!".
No termina de decir esto cuando se lanza, como un demonio enfurecido, contra el cristiano, blandiendo un temible alfanje que no mediría menos de veinticinco palmos.
Apenas puede Ricardo esquivar el primer golpe de la espantosa hoja, cuando Saladino asesta ya el segundo, que el rey detiene con su espada. Y ahora es Ricardo quien ataca: "¡Para este golpe, infiel. Y éste... y éste otro!" ¡Y Saladino retrocede ante el brioso ataque del normando que, con un poderoso mandoble, rompe la hoja del mulsumán y da por tierra con él!

V. DE TELAS: ¡Mátalo, Ricardo!

V. DE VINO: ¡Venganza, Ricardo, venganza!

TROVADOR: Pero Ricardo, educado en los principios de la caridad

cristiana, perdona la vida del caído y, sastifecho de su victoria le vuelve la espalda para recibir los vítores de su ejército... ¡Fatal error que el pérfido sarraceno aprovecha para golpear traídoramente, con el puño de su alfanje, la británica cabeza. Y Ricardo, con la cara ensangretada, rueda por tierra!
(El trovador cae, como el personaje que interpreta, y permanece inmovil en el suelo)

V. DE VINO: ¡Noble Ricardo, levantáos!

V. DE TELAS: ¡Está muerto! ¡El rey ha muerto!

V. DE MANZANAS: ¡Decid algo, Ricardo! ¡Traed agua, pronto!

TROVADOR: *(Saliendo de un sueño profundísimo)*... vino.

V. DE MANZANAS: ¿No habéis oido? Dadle vino.

V. DE VINO: ¡Vino, dadle vino! ¡Que fácil es decirlo! ¡Vengo al mercado a venderlo, no a regalarlo!

V. DE TELAS: No protetéis y acercad el pellejo si queréis conocer el final de la historia.
(Refunfuñando, el vinatero obedece y el trovador caido da buena cuenta del contenido del pellejo)

V. DE MANZANAS: ¿Os encontráis mejor?

TROVADOR: Mucho mejor, gracias.

V. DE TELAS: Pero, decid: ¿Qué le ha sucedido a Ricardo, acaso ha muerto?

TROVADOR: *(Incorporandose)*No. Sólo tiene un terrible dolor de cabeza.

V. DE MANZANAS: ¡Demos gracias a Dios!

TROVADOR: ... Producto de la resaca.

V. DE TELAS: ¿De la resaca? ¿Qué queréis decir? ¿Acaso no le golpeó Saladino con el puño de la espada?

TROVADOR: En sueños

V. DE VINO: ¿De qué estáis hablando?

TROVADOR: De lo que todos hablan: De las borracheras que el rey agarra en las tabernas de Europa, camino de Tierra Santa.

V. DE TELAS: ¿Entonces, no ha derrotado a los infieles?

V. DE VINO: ¿Ni entrado en Jerusalén?

TROVADOR: ¡Claro que sí! Muchas veces...soñando borracho en las posadas de Normandía, en los mesones de Italia...

V. DE TELAS: ¡Bribón, os habéis burlado de nosotros!

V. DE VINO: ¡Y os habéis bebido mi vino!

TROVADOR: Que, por otra parte, es excelente. Debéis disculparme si antes dije lo contrario, pero la primera cata no fué suficiente para apreciar sus virtudes, que son muchas.

VENDEDORES: ¡Bandido! ¡Embustero! ¡Falsario! ¡Ladrón!

TROVADOR: ¡Vamos señores, calma! ¡Tened buen humor! Yo cuento lo que se cuenta, ese es mi oficio. No es culpa mía que el rey se entretenga más de lo preciso en el camino.

V. DE MANZANAS: ¡Mejor será que atendamos el mercado!

V. DE TELAS: ¡Toda la mañana perdida, escuchando las mentiras de un comediante!

V. DE VINO: ¡Qué se ha bebido mi vino!

TROVADOR: *(Canta)*

"Con mi DIN con mi DON..."

ESCENA II

(Entra corriendo, Esteban: Mozo de cuadras sajón de unos 16 años, fuerte y bien parecido.En su carrera tropieza con la vendedora)

V. DE MANZANAS: ¡Esteban! ¿Ya no saludas a las viejas amigas?

ESTEBAN: ¡Hola y adiós, Sara!

V. DE MANZANAS: *(Reteniéndole seductora)*¡Espera! ¿No quieres probar una manzana...o dos?

ESTEBAN: *(Escabullendose)*¡Otro día, Sara! Lo siento. tengo mucha prisa.

V. DE MANZANAS: "Otro día, Sara. Tengo mucha prisa" ¿Quíen te has creído que soy? ¿Una cualquiera?

TROVADOR: ¡Una cualquiera, no! ¡Es Sara, la vendedora... de manzanas! *(Los demás ríen la burla, y mientras Esteban retrocede gesticulando disculpas, entra, por el lado opuesto, Juan: El muchacho normando, hijo del señor del castillo. Dos años menor que Esteban y de aspecto frágil.*
Juan, que también vine huyendo, choca con Esteban y ambos ruedan por tierra).

ESTEBAN: ¡Maldita sea! ¿Quíen diablos...? ¡Juan!

JUAN: ¡Esteban! Perdona, no te había visto.

ESTEBAN: ¡Por las muelas de Saladino! ¿No puedes mirar por donde vas? ¿Qué haces corriendo de ese modo?

JUAN: Escapar de mi padre: Está decidido a deslomarme.

ESTEBAN: ¡No digas más! Te ha vuelto a sorprender estudiando.

JUAN: No es eso ¿Recuerdas nuestro ciervo favorito?

ESTEBAN: *(Llevando a Juan a un ricón de la plaza)* ¡Chitón! No es un ciervo, es Merlín disfrazado.

JUAN: He estado a punto de matarle.

ESTEBAN: ¡Juan! ¿Cómo has podido...?

JUAN: Cálmate. No lo hice. Verás: Mi padre me obligó a ir a la cacería que organiza todas las semanas con sus amigos, los señores de la región. Cuando llegamos a lo más profundo del bosque vimos a nuestro ciervo.

ESTEBAN: ¡Merlín!

JUAN: Mi padre bajó del caballo, preparó el arco, apuntó con cuidado... y yo, venciendo el miedo, le golpeé en el brazo para evitar que el dardo alcanzara su destino.

ESTEBAN: ¡Bravo, Juan! ¡Eres un valiente! Imagino que el Conde te calentaría las costillas.

JUAN: Eso hubiera sido lo mejor.

ESTEBAN: ¿Qué estás diciendo?

JUAN: Cuando esperaba que su puño se descargara sobre mi espalda, uno de los caballeros le sugirió que quizás yo le había hecho errar el tiro con el propósito de reservar la pieza para mí.

ESTEBAN: ¿Y?

JUAN: A mi padre le pareció una magnífica idea. Ya sabes como se avergüenza de mi falta de interés por las diversiones caballerescas.

ESTEBAN: Sigue.

JUAN: Entonces me entregó el arco y una flecha y, a empujones, hizo que me acercara al ciervo. Cuando estaba a escasos pasos tosí, con la esperanza de que huyera, pero no se movió.

ESTEBAN: ¡El orgulloso Merlín!

JUAN: Mi padre me atravesó con la mirada, así que puse el dardo en el arco, tensé la cuerda, apunté y...

ESTEBAN: ¿Y qué?

JUAN: Fallé. A propósito, claro. Estaba tan cerca que ni un arquero tan poco diestro como yo, hubiera errado el tiro.

ESTEBAN: ¡Bien hecho, Juan!

JUAN: Si. Pero había humillado al Conde ante los demás caballeros, y cuando sacó la espada y comenzó a proferir juramentos, salí corriendo y no paré hasta chocar contigo.

ESTEBAN: Hermano, este radiante día ha amanecido tormentoso para nosotros dos.

JUAN: ¿También tú estás en apuros?

ESTEBAN: ¡Y qué apuros! Si tú temes por tu lomo, yo puedo ir despidiéndome de mis orejas.

JUAN: ¿Qué ha sucedido?

ESTEBAN: ¡Tu madre!... Quiero decir, tu madrastra.

JUAN: ¿Otra vez?

ESTEBAN: Siempre que tu padre sale de cacería. ¡No sé como ha podido dar conmigo! He pasado toda la mañana escondido en los establos, pensando que sería el último lugar donde se rebajaría a entrar la Señora del castillo... ¡Pero su calentura es tal, que nada la detiene! Y perdóname la franqueza.

JUAN: Pierde cuidado. Y ¿tú no...?

ESTEBAN: Juan, tú me conoces bien: No hay moza sajona, flaca o gorda, coja o sana de las dos piernas, bizca o tuerta, que no me despierte el apetito; pero tu madrastra...

JUAN: ¡Es horrible, espantosa cruel...y vieja!

ESTEBAN: ¡Y normanda!

JUAN: También yo lo soy.

ESTEBAN: Si, pero eso es diferente: ¡Tú eres mi hermano de sangre! *(Cruzan los brazos en recuerdo de su pacto adolescente)*

Ambos "Yo por tí y tú por mí. Que la sangre nos emparente, y a quién rompa el juramento que se lo lleve la muerte".

ESTEBAN: Y ahora será mejor que nos separemos y busquemos refugio hasta que amaine la tormenta.

JUAN: De acuerdo. Nos encontraremos en la Cueva de los Romanos.

V. DE VINO: ¡La Condesa! ¡Llega la Condesa!

V. DE TELAS: ¡Al fin, un cliente!

ESTEBAN: ¡Demasiado tarde! ¡Ay, mis pobres orejas!
(Entra la Condesa, mujer enorme y terrible, armada con un garrote)

CONDESA: ¡Ya te tengo,perro sajón!

V. DE MANZANAS: Comprad manzanas, Señora, mirad que hermosas son.

CONDESA: ¡Aparta esa fruta podrida, andrajosa!

JUAN: ¡Corre Esteban, yo la entretendré!

ESTEBAN: ¡Pero Juan, tú...!

JUAN: ¡Corre, te digo! ¡Corre por tus orejas!

CONDESA: ¡No dejéis que huya! ¡Tres monedas de oro a quíen le atrape!
(Los vendedores abandonan sus mercancias y se plantan frente a Esteban, dispuestos a impedir su fuga. Pero este, hábil con los puños y las piernas, consigue eludirlos y escapar.
Mientras, Juan intenta detener a la Condesa)

JUAN: ¡Buen día tengaís, querida madre!

CONDESA: ¡Fuera de mi camino, pulga mal nacida! ¿Desde cuando soy tu madre?

JUAN: *(Esquivando garrotazos)* ¡Mirad que hermosas telas! ¿Quién las luciría con más gracia que vos?
(Arroja las telas al rostro de la Condesa)
(Entran los mercaderes que perseguian a Esteban)

V. DE VINO: ¡Ha escapado, Señora!

CONDESA: *(Agarrando a Juan por una oreja)*

¡Maldito sea el día en que te engendró tu padre, gusano! ¡Por tu culpa, ese patán ha quedado sin castigo! ¡Pero si no tengo sus orejas, tendré las tuyas!

JUAN: ¡Ay, soltadme!

CONDESA: Ni lo sueñes, querido hijastro. Si ese villano sajón es tan amigo tuyo como presume, intentará rescatarte.
(Entra Juan: "El Jabalí", Conde normando, Señor del Castillo, de imponente presencia; trae a Esteban sujeto por una oreja)

CONDE: ¿Es esto lo que buscas, mujer?
(Empuja a Esteban que cae a los pies le la Condesa)

CONDESA: *(Desentendiendose de Juan que se arrodilla junto a su amigo)* ¡Vaya sorpresa! Volvemos a encontrarnos, señor Esteban

JUAN: ¿Estás bien?

ESTEBAN: Yo si, pero mi oreja nunca volverá a ser la misma.

CONDE: *(A Juan)*

¡Levántate mujerzuela! Dios hizo el suelo para que se arrastraran los sajones y las culebras.

(Le levanta con rudeza)

CONDESA: *(A Esteban)*

Olvídate de tu oreja, sarnoso. Cuando termine contigo, tendrás un buen motón de huesos rotos por los que preocuparte.

(Alza el garrote con intención de golpear a Esteban, pero el Conde se lo impide)

CONDE: ¡Aguarda mujer! Si he de perder al mejor adriestrador de perros del condado, quisiera saber antes que delito ha cometido.

CONDESA: ¿Delito?

ESTEBAN: Yo no he hecho nada , señor...

CONDE: *(Propinandole un puntapie)* ¡Calla!

CONDESA: ¡Le sorprendí husmeando en tu arcón, aprovechando tu ausencia!

ESTEBAN: ¡No es cierto!

CONDE: ¡Calla, o tendré que cortarte la lengua como a tu padre! ¿Qué se llevó?

CONDESA: Ese viejo medallón que te regaló la tísica de tu primera esposa.

JUAN: ¡No habléis así de mi madre!

CONDE: *(Le dá un bofetón)* ¡No le repliques a tu madre!

JUAN: ¡Esa no es mi madre!

CONDE: *(otra bofetada)* ¡No le repliques a tu padre!
(A Esteban)

De modo que robastes el medallón...

ESTEBAN: ¡Os juro que no, mi señor!

CONDESA: *(Blandiendo el garrote)* ¡Bastardo mentiroso! ¡Eres duro de mollera!... ¡Yo te ablandaré el seso!

CONDE: ¡Espera! ¿Como quieres que confiese si le rompes la cabeza?
Vamos Esteban, devuélveme el medallón y sólo te cortaré un dedo. Palabra de normando.

ESTEBAN: ¡Creedme Señor, os lo ruego: Yo no he robado esa joya!

CONDESA: *(Se abalanza sobre Esteban)* ¡Yo la encontraré! ¡La has escondido entre tus harapos, bribón!

CONDE: ¿Qué haces, mujer?

CONDESA: ¿Qué he de hacer? Buscar el medallón.

CONDE: ¿Seguro que no buscas otra cosa?

CONDESA: ¿Qué cosa?

CONDE: Quizás, algo más caliente y vivo que este frío pedazo de metal. *(Se arranca del cuello el medallón que ocultaba bajo el sayo)*

CONDESA: ¡Oh! ¿Como ha podido llegar hasta tu cuello?

CONDE: Porque ahí lo colgué esta mañana antes de partir.

CONDESA: Pero, jamás usas esa joya.

CONDE: Ya ves, mujer: para tu desgracia, hoy tuve el capricho de lucirla. Pensé que me traería suerte con el arco y, sin embargo, ha resultado tan inútil como el tembloroso brazo de este alfeñique, indigno de llevar mi nombre.

(Arroja el medallón al suelo y, sin que nadie se aperciba, Esteban se apodera de él)

CONDESA: ¡Y me has humillado a sabiendas! ¡Me has puesto en ridículo delante de un siervo! ¡A mí, a tu legítima esposa...! ¿Por qué?

CONDE: Sentía curiosidad por saber que secretos rincones eras capaz de explorar en el cuerpo de Esteban.
(Trovador y mercaderes ríen, con el conde, la burla)

CONDESA: ¡Silencio, si no quereis que yo misma os arranque la lengua! ¿Cómo te atreves a calumniarme en público, a pisotear mi honra, a...?

CONDE: ¡Basta mujer! ¡No hables de honra! ¡Tú arrastras la tuya y la mía por los establos de esta fortaleza!
En boca de todos está que, cada vez que me ausento, corres como una coneja en celo tras los favores de Esteban.

CONDESA: *(Elevando al cielo sus lamentos)*

¡Oh, Señor todopoderoso, protégeme de las mentiras que nuestros enemigos vierten en los oídos de mi esposo! ¡Confunde las lenguas de esos ingratos que traicionan nuestra confianza sentándose a nuestra mesa, bebiendo nuestro vino, gozando de nuestra compañía, mientras maquinan sus espantosas intrigas...!

CONDE: ¡No blasfemes, mujer! Tu fama ha traspasado estas murallas, y las chanzas sobre tus lascivas correrías entretienen las veladas en todos los castillos del condado. ¿Es este el ejemplo que le brindas a tu hijo?

CONDESA: ¡Eso, no es mi hijo!

JUAN: ¡Esa no es mi madre!

CONDE: *(Le dá una bofetada)*

¡No le repliques a tu madre!
(A la Condesa)

Sabe, que no os he matado a ambos porque, tan famoso como tu irrefenable deseo, es el rechazo que tus suspiros y caricias provocan en Esteban. Se dice, que huye de tí como el perro de la mandrágora: ¡Con el rabo entre las piernas!

(Ríe, y el coro de mercaderes con él)

CONDESA: ¡No estoy dispuesta a escuchar más insultos! Me retiro a mis aposentos.

CONDE: Más tarde.

CONDESA: ¡Ahora mismo!

CONDE: *(Con voz de trueno)* ¡Más tarde, he dicho! Ahora quiero obsequiarte con algo digno de ti. ¡Trovador!

TROVADOR: ¿Señor?

CONDE: Canta la copla de moda: La de Esteban y la Condesa... ¡Y quiero que todos canten contigo!

CONDESA: ¡No escucharé semejante porquería!

CONDE: ¡La oirás porque es mi deseo!

(Al trovador)

¡Canta!

TROVADOR: Creo, Señor, que no recuerdo esa copla.

CONDE: ¿Si te corto una oreja recobrarás la memoria?

TROVADOR: ¡Ya voy recordando!

CONDESA: ¡Perderás la otra oreja si cantas esa basura!

TROVADOR: Se me ha nublado la mente...

CONDE: ¡Silencio! En este castillo nadie, sino yo, corta orejas. ¡Dadle vino al poeta, que le refresque el seso y le devuelva el valor!

V. DE VINO: *(Ofreciendo un nuevo pellejo al trovador)*

¡Dadle vino!
¿Por qué no me dediqué, como mi padre, a la carpintería?

CONDE: ¿Qué mascullas mercader?

V. DE VINO: ¡Oh! Decía, Señor, que para aclarar la voz no hay nada como el vino!
(El Conde arranca el pellejo al trovador)

Y ahora ¡Canta!

TROVADOR: "Parte Juan EL JABALI,
muy bravo conde normando,

a cazar el oso gris,
a matar el oso pardo."

"Mientras el conde cazaba,
suspira la condesa:
sueña el amor en los brazos
del mozo sajón, Esteban."

(Estribillo)

"El dardo huye del arco,
huye el oso de la flecha,
huye el beso de los labios,
y Esteban de la condesa."

"Cuando el conde avista el oso,
tensa el arco con firmaza;
acecha el conde a la bestia
como a Esteban la condesa"

"Ya retorna EL JABALI
cansado a la fortaleza:
Hoy no acertaron a herir
ni el conde ni la condesa"

(Estribillo)

(Todos festejan con risas el final de la canción excepto, naturalmente, la Condesa)

CONDE: ¡Por Cristo, Trovador, que hace años que no me reía tanto! ¡Te has ganado tu bolsa!

TROVADOR: *(Despidiéndose)*, Gracias, noble Señor... noble Señora.

CONDESA: ¡Aguarda, poeta! ¿Porqué privar al conde del resto de la copla, cuando tanto ha disfrutado con la primera parte?

CONDE: ¿Es que hay más?

TROVADOR: Apenas unos pobres versos mal rimados...

CONDESA: ¡No seáis modesto, trovador! Os aseguro, esposo y señor mío, que si os habéis divertido con estas coplas, las que siguen os harán reventar de risa

CONDE: ¡Cantad, entomes... *(Le arrebata la bolsa)*.O no veréis ni una sola moneda!

TROVADOR: El dinero no significa nada para mí...

CONDE: *(Amenazándole con una daga)* ¿Y el gaznate? ¿Significa algo para ti?

(El trovador con el cuchillo en la garganta, asiente con un gesto)
¡Pues canta esa segunda parte y riamos todos!

TROVADOR: *(Para sí)*

"Parter noster qui est in coelis, sanctificetur nomen tuum..."

CONDE: ¡Más alto!, apenas puedo oírte.
¡Vino para el poeta!

V. DE VINO: *(Al tiempo que dá un pellejo al trovador)* ¡Carpintero!
¡A partir de mañana, carpintero!

(El trovador bebe, se atraganta y, por fin, canta)

"Apuntaba el conde Juan
con su flecha a una gacela,
pero el dardo no la alcanza
porque el arco no se tensa"

"Parte la flecha del arco,
busca el centro de la presa,
pero a la flecha del conde
se adelanta la de Esteban.

(Estribillo)

"¿Qué buscará la condesa
entre las piernas de Esteban?
¿Porqué no encuentra en el conde
lo que esconde entre las piernas?"

(Todos ríen, la condesa más que ninguno. El conde, congestionado tarda en reaccionar, pero al fin, espada en ristre, profiere un feroz alarido que corta todas las risas excepto la de su esposa)

CONDE: *(Al trovador)* ¡Os desollaré vivo! ¡Os freiré lentamente en aceite hirviendo! ¡Pero ntes, os haré comer vuestra propia lengua, estofada con las orejas de todos estos!
(Vendedores y trovador retroceden ante la furia del Conde)

TROVADOR: Yo, Señor, canto lo que me cantan y... cuento lo que me cuentan.
(El Conde, gritando, arremete contra todos ellos, que escapan como pueden. Mientras tanto, la Condesa se retuerce de risa)

JUAN: ¡Esta es nuestra oportunidad, Esteban! ¡Corre!

ESTEBAN: ¡Ya se han puesto a correr mis orejas!
(Salen ambos)

CONDE: *(Por Juan)* ¡Ya te atraparé, mujerzuela. No creas que te vas a librar de la correa!
(A la condesa) ¡Basta de reir o, por Cristo, que te atravieso aquí mismo!

CONDESA: *(Conteniendo la risa a duras penas, canta)*

"... Porque no encuentra en el conde
lo que esconde entre las piernas..."

CONDE: ¡Debería matarte ahora mismo!

CONDESA: Pero no lo harás, chiquirritín.

CONDE: ¿Porqué estás tan segura?

CONDESA: ¡Porque me adoras, porque no puedes vivir sin mí, jabatito mio!

CONDE: ¿Y Esteban?

CONDESA: ¡Esteban no es más que un mequetrefre! No tendrás celos de un mocoso sajón... Además, ya conoces la copla: "Esteban huye de la condesa..."

CONDE: También dice la copla, que mi arco no se tensa...

CONDESA: ¡Envidia! Nadie, en todo el condado, tensa el arco como mi jabatito.

CONDE: ¿Lo dices de veras?

CONDESA: ¡Dónde pones el ojo, pones la flecha! ¡Dispara!

(Se ofrece como blanco para un dardo imaginario)

CONDE: *("Mima" un disparo)*
¡Ahí va!

CONDESA: *(Sigue el juego y simula recibir el impacto de una flecha)* ¡Oh! De amor estoy herida...

CONDE: *("Dispara" nuevas flechas)* ¡Toma esto!... ¡Y esto!

CONDESA: ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Barbaro! ¡Salvaje! ¡He de huir de tan terrible arquero! *(Sale)*

CONDE: No escaparás, gacela! *(Sale tras ella)*

CUADRO II

La tarde del mismo día.

Un claro en el bosque; en el centro, ruinas romanas, restos de un templete, que flanquean la entrada a una cueva, quizas una catacumba, *semioculta por la maleza.*

ESCENA I

(Entra el trovador y canta una parodia de himno guerrero)

TROVADOR: "Cuando cumplí la edad militar,
a la cruzada me llamó el Rey:
Quiero valientes que sepan luchar,
vencer o morir en Jerusalén"

"Más yo, señor, tengo que sembrar
la tierra que me da de comer.
Con todo respeto por su majestad,
no puedo morir en Jerusalén"

(Estribillo)

"Quiero cruzar el ancho mar
para cortar el cuello al infiel.
Oro, mujeres y gloria ganar,
en la conquista de Jerusalén"

"Y mi Soberano me respondió:
Tranquilo, muchacho, que yo cuidaré
tu tierra, tu hacienda...tambien tu mujer
mientras tu combates en Jerusalén".

(Al estribillo)

(En la lejanía , voces varoniles que se acercan, cantan el mismo estribillo)

(El trovador sale, y entran Reynard, Garth y Sadrach, marcando el paso al compás de la canción. Visten uniforme de cruzado, sucios y rotos.

Reynard se autotitula capitán; Le gusta aparentar refinamiento y es muy teatral en sus maneras. Garth es un lugarteniente, el eco de su voz. Sadrach es el más rustico de los tres; socarrón y brutal).

REYNARD: ¡Alto la compañía! ¡Señor Garth!

GARTH: ¿Capitán?

REYNARD: Este parece un buen sitio para levantar el campamento.

Formad una patrulla y explorad los alrededores.

GARTH: ¡Como ordenéis, capitán!... ¿Cúantos hombres deben componer la patrulla, Señor?

REYNARD: No me importunéis con sutilazas, Garth. Lleváos cuantos necesitéis.

(Garth hace una seña a Sadrach para que la acompañe)

(Tras un brevisímo reconocimiento del terreno, vuelven juntos a Reynard).

GARTH: ¡El cruzado Garth se presenta para informar, capitán!

REYNARD: ¡Adelante, adelante!

GARTH: El terreno parece despejado, Señor; mis hombres no han advertido movimientos del enemigo en las cercanías.

REYNARD: ¡Magnífico! Pasaremos aquí la noche, encargáos de los preparativos. ¡Ah! y formad un círculo de vigilancia con centinelas cada diez pasos.

(Garth, se las compone para situar a Sadrach como centinela en un punto de una circuferencia de 10 pasos)

GARTH: ¡Todo listo, Señor! El campamento está dispuesto.

REYNARD: ¡Excelente! Me instalaré de inmediato. Ordenad, mientras, que preparen la cena.

SADRACH: *(Burlón)*

¡Ordenad que preparen la cena...! ¿De que cena estáis hablando? ¡Un mendrugo polvoriento es todo lo que nos queda!

Llevamos semanas perdidos en este maldito bosque, comiendo raíces y gusanos, bebiendo el agua podrida de los charcos, y durmiendo a la intemperie...

Aún recuerdo vuestras palabras, capitán: "El sendero de Londres está frecuentado por ricos mercaderes, y nobles damas que marchan confiadas sin apenas escolta. En una jornada, reuniremos mayor botín que el de todos los cruzados en el saqueo de Jerusalén..." ¡Mayor botín!...¡Este mendrugo es todo nuestro botín! ¡Y tuvimos que cortar la mano del mendigo que atacamos, para quitárselo!

Vivimos como perros...¡No, peor que los perros! Ellos no tienen que ocultarse de las patrullas que andan a la caza de desertores.

¿Queréis cenar? ¡Pues arañad la tierra! ¡Buscad entre las piedras vuestra cena! Yo, ya tengo la mía*(Come del mendrugo)*

GARTH: Me temo, capitán, que la moral de la tropa flaquea.

REYNARD: Tenéis razón, señor Garth. Y cuando la moral flaquea, la disciplina se abandona. ¿Podéis imaginar algo peor que un ejército indisciplinado?

GARTH: No se me ocurre nada, Señor.

REYNARD: ¡Naturalmente! ¡Poque nada hay peor! La indisciplina conduce al caos, el caos a la rebelión y la rebelión... ¡Al desastre!

GARTH: Quizás, si os dirigieráis a la tropa, capitán...

REYNARD: Excelente idea: Una vibrante arenga, en el momento adecuado, puede ser más nutritiva, que toda una caravana de carros cargados de viandas y cervezas.

¡Formad la compañía, señor Garth!

GARTH: ¡A la orden, capitán!

(A Sadrach)

¡Atención, compañía: Formad en columna de a uno!

SADRACH: En columna de a uno, claro... porque a conlumna de a dos, nos iba a resultar flancamente difícil.

Garath ¡Silencio en las filas!... ¡Firmes! ¡Formada la compañía, mi capitán!

REYNARD: Gracias, señor Garth.

(Como un general romano que se dirigiera a innumerables legiones; durante el parlamento, Sadrach sigue comiendo)

¡Gerreros cruzados!...¿Os debo decir, ratas cruzadas?

¡Porque alma de rata tienen, que no de soldados, ni aún de hombres, aquellos, que olvidando la alta misión a la que han sido consagrados, desfallecen entre el primer obstáculo, ante la primera dificultad!

¿¡Acaso ignoráis que el hambre, la sed y la fatiga son los inseparables compañeros del soldado¡?

¿¡Qué la abnegación y el sacrificio son sus mejores armas¡?

¿¡Qué la disciplina su única y sagrada ley!?

Sé, que entre vosotros, la desconfianza incuba su pérfido huevo.

Sé que el abatimiento devora, como la carcoma, vuestra entereza.

¡He oido la sombría cantinela de la desesperación murmurada alrededor de las hogueras!

Dice el débil: ¿Porqué seguir; dónde conduce tanto esfuerzo?

Dice el egoísta: ¿Por qué malgastar la juventud en este empeño?

Dice el cobarde: ¿Por qué morir?... es tan grata la vida, tan amable...

Y yo, os digo: ¡Es Satanás quien habla por ellos! ¡No escuchéis sus torcidos consejos, y buscad en vuestros corazones el rescoldo de valor que aún arde en ellos! ¡Y avivad esa llama, que brille como el sol brilla en el cielo!

El hambre, será entonces una sombra. La sed, solo un recuerdo. El cansancio, un suspiro que se lleva el viento.

(Garth, emocionado, se seca las lágrimas).

SADRACH: Un discurso muy bonito, capitán; en Tierra Santa hubiérais tenido un gran éxito... ¡Pero estamos en Inglaterra y no somos cruzados, sino desertores: salteadores de caminos, bandidos!... y los más torpes del oficio, por cierto.

REYNARD: ¡Señor Garth!

GARTH: ¿Capitán?

REYNARD: Quiero conocer al soldado que ha hecho ese comenterio.

GARTH: Creo que se trata de Sadrach, Señor: Es aquél que encabeza la primera columna.

SADRACH: ¡Ha!

REYNARD: ¡Traedlo aquí!

GARTH: ¡A la orden, capitán! ¡Soldado Sadrach, un paso al frente!... Izquierda... Un, dos, un, dos... ¡Alto! ¡El soldado Sadrach, Señor!

REYNARD: Mi buen Sadrach, mi soldado favorito...

SADRACH: Y el unico.

REYNARD: Comprendo tu confusión, querido amigo: Nuestra misión es oscura e ingrata ¡Cúanto más fácil sería avanzar en primera línea, destripando sarracenos! Pero álguien tiene que quedarse atrás para defender la patria. Y esos somos nosotros Sadrach: No desertores, sino la gloriosa retaguardia. ¿Entiendes ahora?

SADRACH: No

REYNARD: Piensa que hubiera sido de Julio César o de Alejandro el Grande sin retaguardia ¿Te lo imaginas?

SADRACH: No

REYNARD: Yo te lo diré: ¡Nada, Sadrach, nada! Sus conquistas se hubrían evaporado como el agua de los charcos.

Sin retaguardia, el mundo no hubiera conocido el Imperio Romano, y sin Imperio Romano, tu y yo no estaríamos hablando aquí, ahora.

¿Te das cuenta de lo que eso significa?

SADRACH: Que nos iría mejor, seguramente.

REYNARD: ¡En cuanto a compararnos con la canalla, con los buitres que acechan en el camino para robar y matar al indefenso viajero...! ¡Nosotros no robamos!

SADRACH: ¿No?

GARTH: ¿No?

REYNARD: ¡No! Nosotros recaudamos impuestos... ¿De que pensáis que se nutren los ejércitos? ¿Cómo vestir a la tropa? ¿Cómo armarla? ¿Cómo sostenerla en los largos meses del asedio?

¡Con impuestos!

Nosotros no disponemos de un recaudador, así que tenemos que cobrarlos...por nuestros propios medios.

¿Habéis comprendido?

SADRACH: Si queréis verlo de ese modo.

REYNARD: Del único modo que el honor permite verlo.

Y ahora, bravo Sadrach, tu capitán está dispuesto a compartir tu humilde cena, en un gesto de fraternidad militar.

SADRACH: ¡Ni hablar! Este mendrugo es mío; yo lo arranqué de la mano del mendigo.

GARTH: ¿Y quién le rebanó el cuello, sino yo? Me corresponde la mitad.

REYNARD: ¡Basta, señores! Fuí yo quién planeó el ataque con todo detalle, y, como soy el jefe, haré un justo reparto

SADRACH: ¡El pan es mío y no lo partiré con nadie!

GARTH: *(Desenvaina una daga)*

Entonces, yo te partiré a ti en dos ¡Saco de grasa!

SADRACH: *(Blandiendo el hacha)*

Acércate...hace tiempo que quiero saber que hay dentro de esa cabeza tan fea.

REYNARD: ¡Orden ,señores,orden! ¡Obedece a tu capitán, Sadrach! Dame ese pan.

SADRACH: ¿No decís que las palabra alimentan más que el queso, y calman la sed mejor que la cervaza? ¡Pues largad un buen discurso y quedaréis satisfecho!

GARTH: ¡Dame el mendrugo, gordo grasiento!

SADRACH: ¡Quítamelo si puedes, cabezón!

(Se oyen voces que vienen cantando la canción del cruzado)

REYNARD: ¡Silencio! Alguien se acerca...

GARTH: ¡Soldados!

(Sadrach, y Garth Quieren huir, pero Reynard le retiene)

REYNARD: ¡Quietos! No son voces de soldados... No peleemos por un miserable mendrugo. ¡Escondámomos, pronto? Tengo el presentimiento de que hoy cambiará nuestra suerte.

(Se esconden tras unos matorrales, desde dónde pueden ver y oir toda la escena)

ESCENA II

(Entran cantando Juan y Esteban. al final de la canción se dejan caer, entre cansancio y risas, en la hierba)

ESTEBAN: ¿Crees que el Conde y la Condesa nos habrán seguido?

JUAN: No lo creo. Mi padre ya se habrá olvidado de mí, y mi madrastra está demasiado gorda para andar saltando de riachuelo en riachuelo. Además, este lugar les dá miedo. Dicen, que los espíritus de los legionarios romanos que adoraban a sus dioses en el templo, aún merodean por aquí ¡Tonterías!

ESTEBAN: No te burles de los muertos, Juan. Yo mismo he oído extaños gritos y lamentos que parecían venir del fondo de la cueva. En la aldea dicen que, en realidad, no es una cueva, sino la puerta del infierno; y que las almas de todos las que han muerto violentamente, acechan aquí para vengarse de sus asesinos.

JUAN: ¡Cuentos de viejas! Las almas de los muertos no se pasean por ahí, asustando a la gente: Están en el cielo o en el infierno.

ESTEBAN: O en el purgatorio...

JUAN: O en el purgatorio, es cierto.

ESTEBAN: Y ¿Por qué no pueden ser esta cueva, el purgatorio, señor sabiondo?

JUAN: Pues... porque el purgatorio no está en ningún sitio especialmente, sino... ¡Bah! Es igual, de todos modos no lo entenderías.

ESTEBAN: ¡Eh, eh! Ya sé que no soy más que un palurdo, un siervo sajón que no sirve para otra cosa que destripar terrones y hacer carantoñas a los perros de mi señor el Conde. tu padre; no necesitas recordámelo. No volveré a abrir la bocaza para decir tonterías.

JUAN: ¡Lo siento, Esteban! ¡He sido un idiota! Tú no dices tonterías... Además, sirves para muchas más cosas que yo: Tú sabes manejar la espada y disparar con el arco...

ESTEBAN: *(Muy digno)*

¡Y con la honda!

JUAN: Y con la honda, y montas a caballo mejor que muchos caballeros normandos... ¡Y todas las chicas del castillo están locas por ti!

ESTEBAN: Bueno.Todas, todas...

JUAN: ¡Todas!... En cambio, yo no le gusto a ninguna.

ESTEBAN: ¡Porque aún tienes que crecer, Juan! Dentro de dos años, cuando llenes esos huesos. no habré muchacha, sajona o normanda, que se te resista.

JUAN: ¿Tú crees?

ESTEBAN: Confía en mí; al fin y al cabo, soy un experto en mujeres.

JUAN: Entonces ¿Amigos?

ESTEBAN: ¡Hermanos! ¡Y dejemos a los muertos en su cueva y hablemos de nosotros: los vivos!

REYNARD: *(Desde el matorral)*

Por el momento...

JUAN: ¿Qué haremos ahora? Yo no quiero volver al castillo. estoy harto de las palizas de mi padre.

ESTEBAN: Y yo de que tu madrastra me persiga como una... ¿Cómo dijo tu padre?

JUAN: Como una coneja en celo.

ESTEBAN: ¡Una coneja enorme! ¡Está decidido: No volveremos al castillo!

JUAN: ¿Y dónde iremos?

ESTEBAN: Primero a Londres, y después... donde siempre hemos soñado.

JUAN: ¿¡A Tierra Santa!?

ESTEBAN: ¡A conquistar Jerusalén, sirviendo al Rey Ricardo!

¡No pienso roperme la espaldo cultivando la tierra para otros!

JUAN: Pero no tenemos edad para alistarnos: Cuando nos vean llegar se reirán de nosotros y nos mandarán de regreso a casa.

ESTEBAN: No, si compramos nuestra plaza en el barco. Sé de algunos muchachos normandos que han marchado a Tierra Santa sobornando al capitán de la nave.

JUAN: Entonces, ahí acaba nuestro sueño: Yo no tengo un penique, y tú tampoco.

SADRACH: *(Desde el matorral)*

Así que hoy cambiaría nuestra suerte...

ESTEBAN: ¡Te equivocas, hermano!

(Saca el medallón de su bolsa)
(Entrega el medallón a Juan, que lo contempla emocionado)

JUAN: ¡El medallón de mi madre!

ESTEBAN: Oro puro ¡Nuestro pasaje a Tierra santa!

SADRACH: ¿Qué esperamos para atacar, capitán?

REYNARD: Paciencia. Yo diré cuando y como.

JUAN: Esteban... éste es el único recuerdo que me queda de mi madre.

ESTEBAN: Está bien, Juan: no lo venderemos.

JUAN: Gracias, hermano. Pero el barco...

ESTEBAN: No te preocupes, ya encontraremos la manera de ganar algún dinero. Lo importante es llegar a Londres.

JUAN: Será difícil: Son cuatro días de camino y no tenemos provisiones.

ESTEBAN: ¿Quién lo ha dicho? En este zurrón hay queso, pan y cervaza suficientes para los dos.

JUAN: ¡Has pensado en todo!

(Los bandidos, desde el matorral)

SADRACH: ¡Queso!

GARTH: ¡Pan!

REYNARD: ¡Cerveza!

SADRACH: ¡Ataquemos, capitán!

GARTH: ¡Cortémosles el cuello!

REYNARD: ¡Aguardad!

JUAN: Sólo hay un problema.

ESTEBAN: ¿Sólo uno? Llevas toda la tarde descubriendo problemas.

¿Cúal es esta vez?

JUAN: El bosque de la mandrágoras: Hay que atravesarlo para llegar a Londres, y no tenemos un mal cuchillo con que defendernos.

ESTEBAN: No tenemos cuchillos, es cierto...

REYNARD: ¡Ahora es el momento!
(Los bandidos se incorporan dispuestos a saltar sobre los muchachos, pero el comenterio de Esteban les devuelve al escondite)

ESTEBAN: ¡Pero tenemos una espada!

(Saca una espada que escondia la maleza, y pelea contra un imaginario enemigo demostrando gran dominio de las armas)

REYNARD: ¡Tiene una espada!

GARTH: Y sabe manejarla...

SADRACH: Bastante bien.

GARTH: ¿Qué hacemos, capitán?

REYNARD: Cambiaremos de táctica. Seguidme.

(Salen)

ESTEBAN: ¿Qué te parece, Juan? ¿Crees que las mandrágoras se atreverán con nosotros?

JUAN: ¿De dónde la has sacado?

ESTEBAN: ¡Tanto estudio te ha sorbido el seso! ¿No recuerdas que el verano pasado, tu padre puso el castillo patas arriba buscando su espada favorita?

JUAN: ¡Sí! Fué una mañana de julio, después de una gran fiesta que dió en honor de su primo Guillermo, el Señor del castillo de la tortuga. Todos terminaron borrachos y durmiendo en cualquier sitio. Al despertar, mi padre quiso mostrar a su primo la espada de la que se sentía tan orgulloso. Cuando no la encontró, acusó a Guillermo de abusar de su hospitalidad para robarle.

Casi se declaran la guerra mutuamente, y, aún hoy, no se dirigen la palabra.

ESTEBAN: ¡Ya ves Guillermo no mentía! La espada ha dormido casi un año en estas ruinas.

JUAN: Tú la robastes.

ESTEBAN: ¡Cuidado con lo que dices, hermano! Yo he recuperado lo que, en justicia, es mío: Esta espada fué de mi madre, heredada de sus antepasados sajones, que gobernaron como grandes señores estas tierras cuando los normandos no eráis más que piratas vikingos, hambrientos y crueles.

Un día, cuando yo era muy pequeño, el Conde bajó a la aldea: Gritaba, y amenazaba enfurecido a los campesinos porque no había recibido todo el trigo que, según él, le correspondía. Mi padre fué el único que se enfrentó al tuyo. Tuvo suerte, sólo perdió la lengua y esta espada.

JUAN: No lo sabía, Esteban.

ESTEBAN: No importa. Fué hace mucho tiempo.

(Entran los bandidos)

REYNARD: ¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? Un joven caballero normando y su escudero sajón, limpiando la espada de su señor.

JUAN: No es mi escudero: es mi hermano y la espada es suya.

REYNARD: Un noble normando y un siervo sajón, hermanos. Muy elocuente ¿No os parece, señor Garth?

GARTH: Muy elocuente, capitán.

SADRACH: ¿Qué quiere decir elocuente?

JUAN: ¿Quíenes sois, y qué queréis de nosotros?

REYNARD: ¿Qué queremos? Señor Garth, el caballero normando pregunta qué queremos...¿Y qué podemos querer? ¡Nada!

GARTH: Nada, nada.

SADRACH: ¡Ha!

REYNARD: Me presentaré: Soy el capitán Reynard, y estoy al mando de esta brava compañia de cruzados.

ESTEBAN: ¿Una compañia de dos soldados?

JUAN: ¿Qué hacéis en Inglaterra? ¿No deberíais estar camino de Jerusalén?

REYNARD: ¡Camino de Jerusalén! Mi noble señor, nosotros...

GARTH: ¡Somos la gloriosa retaguardia!

SADRACH: *(Siniestro)*

Recaudadores de impuestos.

GARTH: Sin nosotros, el Imperio Romano nunca hubiera existido.

REYNARD: No le hagáis mucho caso. Las fatigas y sinsabores de nuestra difícil misión les han trastornado ligeramente.

JUAN: ¿Qué misión es esa?

REYNARD: Una tan peligrosa como ingrata: Perseguimos a los desertores que se esconden en el camino de Londres para asaltar a los viajeros.

SADRACH: ¡Ha!

JUAN: ¡En el camino de Londres! Entonces ¿Váis frecuentemente a la ciudad?

REYNARD: Precisamente, ahora nos dirigíamos a ella.

JUAN: ¿Has oído, Esteban? ¡Por fin nos sonríe la fortuna! También nosotros marchamos a Londres: Vamos a convertinos en guerreros cruzados.

REYNARD: ¡Qué maravillosa coincidencia! ¿No es cierto, señor Garth?

GARTH: ¡Maravillosa, capitán!

SADRACH: ¡Ha!

REYNARD: Permitid, entonces, que os ofrezca nuestra escolta, Los bandidos y los moradores del bosque acecahan a la espera de cualquier descuido del viajero, y sería una lástima que dos futuros cruzados sirvieran de cena a las mandrágoras.¿Verdad, señor Garth?

GARTH: ¡Una lástima!

JUAN: Aceptamos vuestro ofrecimiento, capitán, y os damos las gracias.

REYNARD: No es necesario. Estamos encantados de serviros.

JUAN: ¡Es fantástico, Esteban! Si llegamos a Londres escoltados

por guerreros nos aceptarán, de inmediato,en cualquier barco. ¿Cúando partimos, capitán?

REYNARD: Ahora mismo... ¡Ah! Es conveniente que entreguéis al señor Garth cualquier objeto de valor que llevéis encima.

JUAN: Sólo tenemos este medallón de oro. Perteneció a mi madre y me gustaría guardarlo yo mismo.

REYNARD: ¡Debo insistir, caballero! El señor Garth es el responsable de la custodia del oro y la plata en esta compañía.

¡Regla XXIII del "Código Cruzado"!... ¡"Ningún sodado, o aspirante a serlo, podrá transportar en su persona, oro, plata o cualquier objeto de valor, durante el transcurso de una misión"!... En nuestro caso, hasta que llegemos a Londres, dónde os será devuelto, intacto, vuestro medallón.

JUAN: No conocía esa regla, ni que existe un código cruzado.

REYNARD: Aún debéis aprender muchas cosas para ser un buen guerreo.

La regla XXIII, tiene por objeto, evitar que el enemigo haga acopio riqueza al capturar prisioneros.

JUAN: Parece lógico.

REYNARD: Lo es, Y ahora, por favor, vuestro medallón...

ESTEBAN: ¡No lo entregues, Juan!

JUAN: ¿Por qué no?

ESTEBAN: ¡Poque son unos farsantes! Ellos son los desertores que dicen perseguir.

REYNARD: ¡Te haré azotar por esta insolencia!

JUAN: ¡¿Cómo puedes saberlo, Esteban?!

ESTEBAN: ¡Porque la regla XXIII del "Código Cruzado" no existe!

REYNARD: *(Atrapa rápidamente a Juan, y amenaza su garganta con una daga)*

Eres muy listo para ser un simple destripaterrones, sajón. Ahora, suelta la espada si quieres conservar la vida de tu estúpido amigo.

(Esteban obedece)

¡Sadrach, coge la espada!

(Cuando Sadrach se inclina para recoger la espada, una voz de ultratumba que procede del inteerior de la cueva, le paraliza)

VOZ: ¡Sadrach, deja la espada donde está!

REYNARD: ¿Quién ha dicho eso?

VOZ: ¡Yo. Un muerto que no puede descansar en paz!

SADRACH: ¡Un muerto, capitán! ¡Marchémonos de aquí, este lugar está maldito!

REYNARD: ¡Los muertos no hablan, Sadrach! ¡Coge la espada!... ¡Obedece!

(Sadrach se inclina de nuevo)

VOZ: ¡Sadrach, deja la espada!

SADRACH: ¡Sadrach coge la espada! ¡Sadrach deja la espada! ¡Poneos de acuerdo!

VOZ: ¡Devuélveme la mano, Sadrach!

SADRACH: ¿Qué mano?

VOZ: ¡La mano que me cortastes para quitarme el pan!

SADRACH: ¡Por todos los demonios del infierno! ¡es el mendigo que matamos ayer! ¡Yo no tengo tu mano mendigo... Quedó al borde del camino!

VOZ: ¡Mi mano, Sadrach! ¡Encuéntrala o tendrás que darme una tuya!

SADRACH: Señor muerto, a estas horas, vuestra mano estará engordando a los gusanos, no creo que quede mucho de ella, y comprended que yo no puedo daros una mía: necesito las dos para... ¡Empuñar el hacha! ¿Verdad, capitán?

REYNARD: ¡No digas más tonterías! ¡Coge la espada!

VOZ: ¡Mi mano, Sadrach! ¡O saldré yo a buscar la tuya!

SADRACH: *(Saliendo aterrorizado)*

¡No os molestéis! ¡Ya voy yo a por la vuestra!... ¡La encontraré. Os juro que la encontraré!

REYNARD: ¡Sadrach, vuelve aquí!... ¡Maldito cobarde!

(A Esteban que se agachaba a recoger la espada)

¡Quieto sajón, si no quieres que el alma de tu amigo vaya a reunirse con la del mendigo en la cueva!

¡Garth, coge la espada!

GARTH: ¿Yo, señor?

REYNARD: ¿Quién sino, idiota?

GARTH: ¿No sería mejor que nos marchásemos, capitán? Ya encontraremos otros contribuyentes.

REYNARD: ¡Coge esa espada, o te cuelgo de las tripas!

(Cuando Garth está a punto de recoger la espada)

VOZ: ¡Tú me cortastes el cuello, Garth!

GARTH: *(Preso del pánico)* ¡El! ¡El me obligó, espíritu! ¡Yo sólo soy un soldado que debe cumplir lo que le mandan!

¡A él debéis pedirle cuentas! ¡Reynard es vuestro asesino!

(Sale)

REYNARD: ¡Perro traidor! ¡Te acordarás de esto!

(Juan aprovecha la confusión para deshacerse de su captor. Esteban, al ver libre a su amigo, recupera el arma y avanza hacia el capitán de los bandidos; éste, sopesa la situación pro un instante y huye)

¡Con fantasmas o sin ellos, no saldrán vivos de este bosque! ¡Palabra de Reynard! *(Sale)*

ESCENA III

ESTEBAN: ¿Estás bien, Juan?

JUAN: Sí. Sólo un poco asustado.

ESTEBAN: ¿Un poco asustado? Yo apenas puedo sujetar el corazón dentro del pecho. Vámonos de aquí antes de que al muerto se le ocurra pedirnos un ojo, una oreja... o algo peor.

(Una risa, juvenil y femenina, que proviene de la cueva, les hace detenerse.

En el umbral de la gruta, aparece Ruth: hermosa joven de unos quince años, vestida sencillamente con una túnica blanca. Le rodea el cuello una cadena de oro de la que pende un crucifijo)

JUAN: ¡Una chica!

ESTEBAN: ¡Un ángel!

JUAN: ¿Cómo?

ESTEBAN: ¡Es un ángel, Juan! ¡Un ángel que nos manda Dios para que nos guíe a la Tierra Santa!

JUAN: Es solamente una chica, Esteban; y seguro que fué ella quíen fingió la voz que ahuyentó a los bandidos ¿No es cierto?

(A Ruth, que sigue riendo)

ESTEBAN: No te entiende, Juan. Tienes que hablarle en la lengua de los ángeles.

JUAN: No conozco esa lengua.

ESTEBAN: Si la conoces: Ha de ser la misma que usa el cura para hablar con Dios y los Santos, en la Iglesia.

JUAN: ¿Latín?

ESTEBAN: Eso es ¡Vamos, díle algo!

JUAN: Y ¿Qué le digo?

ESTEBAN: Cualquier cosa... de dónde viene, a dónde va, cómo se llama...

JUAN: *(A Ruth)*

Eh... ¿Quo vadis?

RUTH: Nescio inde venio et solum memor magnan obscuritatem

ESTEBAN: ¡Qué maravilla! ¿Te convences ahora de que es un ángel?

JUAN: ¿Por qué habla en latín? Yo también lo hago y, desde luego, no soy un ángel.

ESTEBAN: ¡Desde luego! Bueno ¿Qué ha dicho?

JUAN: *(Traduce con dificultad)*

Pues dice que...no sabe de dónde viene, y que sólo recuerda...

RUTH: Una caída desde gran altura, y luego, oscuridad...

ESTEBAN: ¡Habla como nosotros!

RUTH: Naturalmente. Supongo que los ángeles dominamos muchas lenguas.

ESTEBAN: Entonces ¿Eres un ángel de verdad?

RUTH: No lo sé. Ya te he dicho que caí y perdí el conocimiento.

No puedo recordar nada, ni siquiera mi nombre, si es que tengo alguno.

ESTEBAN: ¡Seguro que sí! Todos los ángeles lo tienen ¿Verdad, Juan?

Miguel, Rafael, Gabriel...

RUTH: Yo preferiría uno de chica, ya que tengo ese aspecto.

¿Qué os parece, Ruth? Al fin y al cabo, está en la Biblia.

ESTEBAN: ¡Me gusta! Serás el ángel Ruth.

JUAN: ¿Cómo supiste que los bandidos habían asesinado al mendigo? Tu representación nos ha salvado la vida.

RUTH: Sus voces me despertaron: Disputaban por un pedazo de pan, que habían robado a un hombre al que habían degollado. Luego llegásteis vosotros y...

(A Esteban que la examina con mucha atención)

¿Pero qué buscas?

ESTEBAN: Tus alas; no las veo por niguna parte.

JUAN: No te canses, Esteban: No las encontrarás porque no tiene.

Es una chica, como tú y como yo...quiero decir que es tan humana como nosotros.

ESTEBAN: ¿Y qué me dices de su caída? Ha dicho que cayó desde gran altura. Seguramente bajaba del cielo para encontrarse con nosotros y una ráfaga de viento, la derribó.

JUAN: Pudo resbalar cuando paseaba, y caer dentro de la cueva.

RUTH: Tengo frío...

ESTEBAN: ¿Y qué hacía un ángel paseando por esta parte del bosque, sabiondo?

JUAN: ¡Te digo que no es un ángel!

RUTH: ¡Tengo frío!

ESTEBAN: ¿Cómo?

RUTH: Angel o no, tengo frío... y hambre.

JUAN: ¿Te das cuenta? ¿Cúando has visto a un ángel comer?

ESTEBAN: ¿Cúando has visto tú, a alguno no hacerlo?

RUTH: Por favor ¿No podríamos discutir eso después?

ESTEBAN: Tiene razón. Juan, dale tu capa... En este zurrón llevo algunas provisiones, pero no sé si será comida apropiada para ángeles.

RUTH: ¿Qué es?

ESTEBAN: Pan y queso.

RUTH: Servirá.

(Se sientan los tres. Ante las miradas de Juan y Esteban, Ruth come, como si llevara días sin hacerlo)

JUAN: *(Irónico)*

¡Tienen buen apetito los ángeles!

ESTEBAN: Es natural. Se pasan el día volando, y eso debe cansar mucho.

RUTH: Tengo sed.

JUAN: Tendrás que aguantarte. No llevamos agua.

ESTEBAN: Pero tenemos cerveza.

JUAN: ¡Eso sí que no! Los ángeles no beben cerveza.

RUTH: ¿Puedo probar?

(Esteban le ofrece la cerveza; Ruth da un traguito) ¡No está mal! *(Bebe un largo trago)* ¡Gracias, está muy buena!

JUAN: Si tu ángel sigue comiendo y bebiendo así, llegaremos a Londres con el pellejo pegado a los huesos.

RUTH: Tengo sueño...

ESTEBAN: Yo también. sará mejor que pasemos aquí la noche y cotinuemos el viaje por la mañana. Los bandidos pueden haberse recuperado del susto, y esperarnos en el bosque.

JUAN: Fui un tonto: Puse en peligro la vida de los dos. Menos mal que tú conoces el "Código Cruzado", y sabías que la regla XXIII era falsa.

ESTEBAN: ¿Yo? En mi vida he oído hablar del "Código Cruzado" ni de la regla XXIII.

JUAN: ¿Entonces?...

ESTEBAN: Hay un viejo refran sajón que dice: No te fies de perro sin rabo, de mujer sin piojos... ni de soldado sin cicatrices.
(Se queda dormido)

RUTH: Se ha dormido. Y, si he de guiaros a Tierra Santa, será mejor que yo también lo haga. Mañana nos espera una dura jornada.

JUAN: ¡El capitán de los bandidos tenía razón! ¡Soy un estúpido!

No soy digno de llamarme su hermano.

RUTH: ¡No digas eso, Juan!

JUAN: Por mi culpa, casi nos matan. Sólo soy un estorbo.

RUTH: Hicistes lo que creías bueno para ambos. todos podemos equivocarnos al juzgar a un extraño. Además, Esteban te necesita.

JUAN: ¿Lo crees de verdad?

RUTH: Claro. Ahora duérmete.

JUAN: Buenas noches, Ruth.

RUTH: Buenas noches.

(Aún se están acomodando para dormir, cuando un espantoso grito inhumano se oye en las profundidades del bosque)

RUTH: ¿Qué ha sido eso?

ESTEBAN: ¡Cazadores de mandrágoras!

JUAN: ¡Han arrancado un retoño!

RUTH: ¿Un retoño de mandrágora?

JUAN: ¿No lo sabes? Las hembras de las mandrágoras no tienen a sus hijos como las madres humanas: Plantan en la tierra una semilla fecundada por el macho.

ESTEBAN: Al principio, el retoño es diminuto y deforme...¡Parece una patata!

JUAN: Pero, poco a poco, se van formando como un niño auténtico. Cuando ha crecido lo suficiente y está a punto de abandonar la tierra, los cazadores salen a buscarlo con perros.

ESTEBAN: Los hombres se protegen los oídos con tapones de cera, pues el grito de la mandrágora es mortal, si se oye a corta distancia.

JUAN: Pero los perros mueren al arrancarlas; los tapones de cera no sirven para un oído tan fino.

RUTH: ¡Es horrible! ¿Y porqué las matan?

ESTEBAN: Para venderlas como afro... afro...

JUAN: Afrodisíacos. Dicen, que un pedacito de mandrágora es capaz de devolver el vigor de la juventud a un anciano de ochenta años.

ESTEBAN: Y todos los viejos verdes que pueden pagarlo, compran un trozo para perseguir a las mozas en la cocina.

¡A mí, no me hace falta!

RUTH: ¡No tiene gracia, Esteban! Matar a esos pobres seres para comérselos.

JUAN: Esos "pobres seres", cnmo dices, matarnn a los padres de Esteban.

RUTH: Perdona, no lo sabía.

ESTEBAN: Ha pasado mucho tiempo... ya, casi no me acuerdo.

Algunas veces, cuando el invierno ha sido duro y es difícil encontrar caza en el bosque, las mandrágoras salen de sus cuevas y atacan las aldeas para llevarse ganado... o gente.

JUAN: ¡Para comérselos crudos! Pero es peor cuando dejan a sus crías a la puerta de las cabañas, para que las gentes las confunda con niños abandonados y las acoja en sus casas.

ESTEBAN: Sólo dejan a las niñas. Los chicos son demásiado peludos, y tienen brotes y zarzillos, como las plantas.

JUAN: Las chicas crecen como si fueran humanas, pero necesitan alimentarse de sangre para conservar su aspecto.

ESTEBAN: Se levantan de noche, sonámbulas, y chupan la sangre del cuello de los que duermen, sin hacer herida... ¡Cómo si dieran un beso!

JUAN: A la mañana siguiente, no recuerdan nada, por lo que, con los años, llegan a creer que son seres humanos auténticos.

ESTEBAN: Dicen que, cuando crecen entre los hombres, las mujeres-mandrágoras son más hermosas que las nuestras.

RUTH: Y ¿Cómo distinguir unas de otras?

JUAN: Por el color de la sangre: Las mandrágoras la tienen verde y resinosa... pero hay que hacer un tajo profundo...

RUTH: ¡Basta! ¡No quiero oír más historias horribles! Seguramente, las pobres mandrágoras viven atemorizadas en el bosque, comiendo frutas y bayas, mientras los cazadores arrancan a sus hijos de la tierra para hacerlos pedacitos.

(Se oye un nuevo grito de mandrágora, más lejano que el primero)

ESTEBAN: ¡Otra menos!

RUTH: Durmamos de una vez!

JUAN: Dormid vosotros; yo prefiro hacer guardia.

ESTEBAN: ¿Sabes cantar, Ruth? Cuando era pequeño, mi madre me cantaba antes de dormir.

RUTH: *(Canta)*

"Canta el cuco
su triste canción
que siempre me habla de ti.
Canta el cuco,
y mi corazón,
su canción no quiere oír.

LLora el cuco cuando canta
porque no quiere decir
que mi amor ya no me ama,
que ya nunca piensa en mí.

Canta el cuco
y es su maldición
porque no puede mentir"

CUADRO III

El tenebroso bosque, por dónde serpentea la antigua calzada romana que conduce a Londres.

ESCENA I

(Entra el trovador)

TROVADOR: *(Canta)*

"¡Oh, Londres! ¡Quíen pudiera vivir
como el Rey de Inglaterra, en la gran ciudad!
Saludar a los nobles y cortejar
a las damas que salen a pasear.

Si muero de hambre, prefiero morir
cerca de un palacio, que de un pajar.
Ser pobre en el campo es mucho peor
que ser miserable en la gran ciudad"

El cielo es mi techo para dormir
¡Qué importa si tengo que mendigar!
En Londres, amigo, quiero vivir,
como el Rey de Inglaterra, en la gran ciudad.

(Entran Juan y Esteban; Ruth lo hace un poco razagada)

ESTEBAN: ¡Vamos Ruth!

RUTH: ¡Llevamos horas andando! ¿No podríamos descansar un poco?

ESTEBAN: Aquí termina la calzada romana. A partir de ahora tendremos que orientarnos por el sol y las estrellas.

JUAN: Creí que los ángeles no se cansaban...

RUTH: ¡Pues sí, señor sabelotodo: nos cansamos! ¡Y se nos hichan los pies, y nos ensuciamos...Y nos ponemos de mal humor cuando nos chinchan!

JUAN: ¿Quién te está chinchando? Esta es la parte más peligrosa del camino, y si tenemos que parar, cada dos por tres, porque la señorita se cansa, no llegaremos vivos a Londres.

RUTH: ¿Cada dos por tres? Es la primera vez que nos detenemos en toda la mañana.

JUAN: ¿Y cúando se te metió no-se-qué, en el zapato?

RUTH: ¡Una espina! ¡Y no he tardado ni un minuto en sacármela!

JUAN: Un minuto con la espina, otro minuto recogiendo flores para adornarse el pelo...

ESTEBAN: ¡Basta! Desde que amaneció, no habéis hecho otra cosa que discutir. Juan, nosotros también nos hemos detenido para hacer nuestras necesidades ¿Recuerdas?

Descansaremos aquí un rato, y mientras estudiaremos cual es el mejor camino. ¿De acuerdo?

JUAN: ¡Claro! Si el ángel dice que hay que descansar. ¿Quíen soy yo para discutirlo? Al fin y al cabo, sólo tengo catorce años y ella tendrá, por lo menos, catorcemil.

(Marcha hacia el interior del bosque)

ESTEBAN: ¿Dónde vas?

JUAN: ¡A coger moras! Tu ángel nos ha dejado sin queso: como vuela tanto, tiene que comer mucho.
(Sale)

ESTEBAN: Está bien. Pero no te alejes demasiado.

RUTH: Pero ¿Por qué me odia?

ESTEBAN: No le hagas caso. Es que le pones nervioso.

RUTH: ¿Por qué?

ESTEBAN: Bueno... Aunque seas un ángel, la verdad es que pareces una chica: The mueves, te ríes y te cansas como ellas. Y a Juan no se le dan muy bien las chicas. Es demasiado joven todavía.

RUTH: Y a ti ¿No te pongo nervioso?

ESTEBAN: ¡A mí no! Yo estoy acostumbrado a tratarlas... Además, tú eres un ángel ¿No?

RUTH: Ya te dicho que no recuerdo nada.

¿Me parezco a los otras chicas que conoces?

ESTEBAN: ¡Que va!... no

RUTH: ¿Y, en que soy diferente?

ESTEBAN: Pues... ¡Tú eres un ángel!

RUTH: ¿Y si no lo fuera? ¿Y si solamente fuera una chica?

ESTEBAN: ¿Sólo una chica?

RUTH: ¡Sí!

ESTEBAN: Serías una chica muy...

RUTH: Muy...¿Qué?

ESTEBAN: ¡Muy alta! ¡Más alta que la mayoría!

RUTH: Muy alta

ESTEBAN: ¡Altísima!

RUTH: Y ¿Nada más?

ESTEBAN: Bueno, también eres muy... ¡Pero tú no erss una chica, eres un ángel!

RUTH: Claro

ESTEBAN: Aunque pareces una chica

RUTH: Muy alta

ESTEBAN: ¡Altísima!...
(Se hace un silencio entre los dos)

¿Estás triste?

RUTH: No

ESTEBAN: Y ¿Por qué no dices nada?

RUTH: ¿Qué quieres que diga?

ESTEBAN: Pues no sé... alguna cosa ¡Qué se yo!... ¿De qué hablan los ángeles?

RUTH: ¿Estás enamorado, Esteban?

ESTEBAN: ¿Quién? ¿Yo?

RUTH: Sí. De alguna chica de tu aldea, o del castillo.

ESTEBAN: ¿De una chica? ¡Cómo voy a enamorarme de una chica!

RUTH: Pero, querrás a alguien.

ESTEBAN: ¡Claro! A mis perros, a mi hermano Juan... y también quería a mis padres.

RUTH: Y ¿A nadie más?

ESTEBAN: Bueno... vamos a ver... que yo recuerde... a ti ¡Quiero decir, que cuando te vimos salir de la cueva...! ¡Enseguida nos dimos cuenta de que eras un ángel... o sea, que aúnque habéis discutido, Juan y tú... vamos aver...! ¡Quiero decir que la espina en el zapato... o sea, que tú tienes razón...!

RUTH: *(Que se ha ido acercando al confundido Esteban)*
Yo también te quiero mucho, Esteban.
(Le besa)

JUAN: *(Entrando)*
Los pájaros se han comido todas las moras, pero detrás de unos zarzeeñes he visto...
(Les ve besarse)
... un lago

RUTH: ¿Un lago? ¡Voy a bañarme!

(A Juan)
Ahora podrás espiar para saber si soy una chica o un ángel.
(Sala riendo)

JUAN: *(Avergonzado)*
¡No hace falta! ¡Ya sé quien eres!
¿Te encuentras bien, Esteban?

ESTEBAN: ¿Eh?... Sí.

JUAN: ¡Estás pálido!

ESTEBAN: ¿Y las moras?

JUAN: ¿No me has oído? Los pájaros se han comido todas. ¿Seguro que estás bien?

ESTEBAN: ¡Seguro! ¿Tendría que estar mal?

JUAN: Ella te ha besado.

ESTEBAN: ¿Quíen?... ¡Ah, Ruth! Si, me ha besado.

JUAN: ¿Y no has sentido nada especial?

ESTEBAN: Creo que sí.

JUAN: No besa como las otras chicas. ¿Verdad?

ESTEBAN: No.

JUAN: ¡Lo sabía! ¡Sabía que era distinta desde que la vi!

ESTEBAN: Sí. Besa como los ángeles.

JUAN: ¡Despierta, Esteban. Ruth no es una chica normal!

ESTEBAN: ¡Claro que no! Es un ángel.

JUAN: ¡Tampoco es un ángel! Es...

ESTEBAN: ¡Vamos, continúa!... ¿Qué es?... Crees que no es humana. ¿verdad?

Crees que es una bebedora de sangre, una "nacida de la tierra" ¡Vamos! ¡Dílo de una vez!...¡Una mandrágora!

¿Quieres cortarle el cuello para ver si su sangre es verde?

¡Toma mi espada!

(Arroja la espada a los pies de Juan, y le vuelve la espalda)

JUAN: Sabes que nunca haría una cosa así. Aúnque no lo creas, yo también le tengo afecto, sólo que... ¡No sé! Es muy raro que una chica aparezca en medio del bosque, saliendo de una cueva, y que no recuerde nada; ni siquiera como se llama...

¡Yo no digo que sea una mandrágora! Pero acuérdate como se estremecía anoche con los gritos de las que mataban los cazadores...

(Mientras Juan habla sin mirar directamente a Esteban, tres mandrágoras salen de la espesura: Son seres semihumanos, de miembros retorcidos como ramas secas. El color de su piel es verdoso, y los ojos brillan, como carbones encendidos, en el fondo de sus cuencas.

Silenciosamente, sin que Juan se dé cuenta,inmovilizan a Esteban y se lo llevan al interior del bosque)

JUAN: ... Quizás, todo sean imaginaciones mías, y se trate, tan sólo, de una chica rara... Y por una chica no discuten dos hermanos. ¿No te parece, Esteban?... Por favor, no te enfades y toma tu espada...

(Al ir a ofrecersela, se percata de su ausencia)

¿Esteban?... ¡Esteban!... ¡Maldita sea! ¡Seguro que ha ido a bañarse con ella!

(Arroja, con rabia, la espada y en ese momento; las mandrágoras surgen nuevamente del bosque y se abalanzan sobre él)

JUAN: ¡Soltadme, plantas asquerosas! ¡¿Qué habéis hecho con Esteban?!

MANDR. I: *(Con voz inhumana)*

¡Asesino de criaturas!

JUAN: ¡Soltadme! ¡Nosotros no hemos sido! ¡Soltadme!
(Se lo llevan al interior del bosque)

ESCENA II

La cueva de las mandrágoras. En su interior, mal iluminado, se hacinan los seres extraños. En el suelo hay huesos de animales y personas.

En el centro de la cueva, una piedra plana hace las veces de altar. A los lados, dos mandrágoras tocan primitivos tambores rituales. Al fondo, una tosca cruz griega.

En el altar está tendido, insconciente, Esteban. A su lado una vieja mandrágora murmura una salmodia.

En un rincón de la cueva,atado y también insconciente, está Juan.

SACERDOTE MANDRAGORA: ¡En el nombre de Dios comeremos tu cuerpo!

CORO DE MANDRAGORAS: ¡En su nombre lo comeremos!

SACERDOTE: ¡Beberemos tu sangre para recordar su muerte!

CORO: ¡Para recordar su muerte la beberemos!

SACERDOTE: ¡Y en la tierra descansarán tus huesos!

CORO: ¡Y la tierra se haré fuerte con ellos!

SACERDOTE: ¡Y en la semilla vivirás de nuevo!

CORO: ¡Y resucitarás de entre los muertos!
(Los tambores incrementan su ritmo. El sacerdote eleva entre sus manos una afilada piedra y la suspende sobre el pecho de esteban, mientras repite la oración)
(Juan se despierta, y con sus gritos interrumpe la ceremonia)

JUAN: ¡Esteban!... ¿Qué le habéis hecho, demonios? ¡Dí algo Esteban!... ¡Le habéis matado! ¡Asesinos!

MANDR. I: Todavía no está muerto...

MANDR. II: Aún no está muerto...

MANDR. III: ¡Pronto estará muerto!

SACERDOTE: ¡En el nombre de Dios comeremos su cuerpo!

CORO: ¡En su nombre lo comeremos!

JUAN: ¡No podéis matar en el nombre de Dios!

SACERDOTE: ¡Dios murió por nosotros!

CORO: ¡Por todos los que nacen de la tierra!

SACERDOTE: ¡Comed mi cuerpo! ¡Bebed ni sangre!

CORO: ¡Para recordarte lo comeremos! ¡Para recordarte la beberemos!

JUAN: *(Fuera de sí)*
¡No entendéis nada! ¡No podéis matar a Esteban!

MANDR. I: Sí, podemos.

MANDR. II: Tú puedes matar.

MANDR. III: ¡Tú matas, hombres!

MANDR. I: ¡Asesino de criaturas!

MADRE MANDR.: ¡Tú matas a mi retoño!

MANDR. I: ¡Matas mi flor!

MADRE M.: ¡Arrancas mi flor de la tierra!

MANDR. II: ¡Cortas mi flor en pedazos!

MANDR. M.: ¡Mi pequeña flor, muerta!

MANDR. III ¡Tú comes mi flor. Hombre!

JUAN: ¡No fuimos nosotros! ¡Fueron cazadores con perros! ¡Ceedme, por favor!

MANDR. I: ¡Yo como tu carne, demonio!

MANDR. II: ¡Yo bebo tu sangre, demonio!

MANDR. III: ¡Yo rompo tus huesos, demonio

MADRE M.: ¡Asesino de criaturas!

(Suenan intensamente los tambores. El sacerdote eleva la piedra sobre el insconciente Esteban)

SACERDOTE: ¡En el nombre de Dios muere!

CORO: ¡En su nombre, muere! ¡Muere! ¡Muere!

JUAN: ¡No le matéis a él, matadme a mi!
(Cuando el sacerdote se dispone a descargar el golpe mortal, entra Ruth, solemne, elevando su paqueño crucifijo sobre su cabeza. Ante semejante aparición, los tambores enmudecen y la escena se paraliza)

JUAN: *(En un susurro)*Ruth...

RUTH: *(Al sacerdote. Con autoridad)* ¿Eres tú la semilla de Dios en la tierra?

SACERDOTE: *(Aturdido)*
¡Yo soy su humilde semilla! ¿Qué quieres de mí?

RUTH: ¡Esta es la cruz en la El murió por salvar a todos los que nacen de la tierra! ¡Arrodíllate!

(El sacerdote, fascinado por el crucifijo y las palabras de Ruth, se arrodilla)
¡En el nombre de Dios, reclamo las vidas de estos hombres! ¡Entrégamelas!

MADRE. M.: ¡Mataron a mi retoño!

MANDR. II: ¡Segaron mi flor!

MANDR. III: ¡Asesinos de criaturas!

SACERDOTE: ¡Hemos de comer su carne y beber su sangre para recordarle!

RUTH: *(Enérgica)*
¡Dios te manda, por su cruz poderosa, que me entregues las vidas de estos hombres!

MANDR. I: ¡Han de morir!

MANDR. II: ¡Deben morir!

MANDR. III: ¡Qué mueran!

SACERDOTE: ¡Dame la cruz a cambio de sus vidas!

JUAN: ¡No lo hagas, Ruth! ¡Nos matarán a los tres!
(Ruth entrega el crucifijo al sacerdote)

RUTH: ¡Cumple tu palabra!

SACERDOTE: ¡Llévatelos!
(El sacerdote eleva el crucifijo y las mandrágoras contemplan extasiadas la joya, todas excepto la madre, que llora, en un rincón, un llanto contenido y rabioso)
(Ruth libera a Juan de sus ataduras)

JUAN: ¿Crees que cumplirá su palabra?

RUTH: No lo sé... ¡Vamos, tenemos que llevarnos a Esteban!
(Recogen a Esteban del altar, y lo arrastran fuera de la cueva)

MADRE M.: *(Dolorosamente)*
¡Asesinos de criaturas!
(Suenan los tambores)

ESCENA III

En el bosque de la primera escena. *(Ruth y Juan, cargan sobre sus hombros a Esteban, aún insconciente)*

JUAN: ¡Ay!

RUTH: ¿Qué te pasa?
(Dejan a Esteban en el suelo)

JUAN: El pie. He debido clavarme una espina.

RUTH: Déjame que lo vea.

JUAN: *(Sacándose la espina)*
¡Aquí está! Era grande...

RUTH: *(Saca un pañuelo de su manga)*
Será mejor que te lo vende.

JUAN: *(Coge el pañuelo)*
Puedo hacerlo yo sólo. ¿Cómo está Esteban?

RUTH: Bien. Sólo tiene un fuerte golpe en la cabeza. Se recuperará.

JUAN: Tuvimos suerte de salir con vida de ese extraño rito.

RUTH: Era una misa.

JUAN: ¿Qué?

RUTH: Una misa cristiana... Como la entienden las mandrágoras, claro.

JUAN: ¿Quieres decir que las mandrágoras son ...se creen cristianas?

RUTH: Dice una leyenda que hace muchos años, antes de que sajones y normandos poblaran estas tierras, llegó a ellas un hombre bueno, un misionern cristiano que quiso propagar la Buena Nueva entre los que nacen de la tierra. Las mandrágoras se convirtieron a medias: Adoptaron la cruz como símbolo de la Fe, y aprendieron las palabras del ritual cristiano. Pero entendieron literalmente la liturgia y acabaron comiéndose al santo.

JUAN: Tú conocías muy bien las palabras que debías emplear en la cueva. El sacerdote quedó impresionado al oírte.

RUTH: Fué mi crucifijo. Seguramente, nunca había visto uno tan hermoso

JUAN: ¿Dónde aprendistes tantas cosas sobre la mandrágoras?

RUTH: No lo sé. No soy dueña de mis recuerdos. Quizás se lo oí decir a alguien.

JUAN: *(Incorporándose)*
Quizás.

¡Vamos! Tenemos que seguir y encontrar algún refugio, y algo de comer... ¿Hacia dónde?

RUTH: Creo que Londres queda... por allí.

JUAN: *(Como si se tratara de un lugar fantástico)*
¡Londres...!
(Recogen a Esteban y se ponen en camino, pero Juan advierte algo en la dirección contraria)

JUAN: ¡Espera! ¿Qué es aquello?

RUTH: ¿Dónde? Yo no veo nada...

JUAN: ¡Sí! Tras aquella colina...parece humo ¡Es una columna de humo!... ¡Y debajo de una columna de humo hay una chimenea; y alrededor de la chimenea, una casa!

RUTH: ¡O una hoguera de mandrágoras!

JUAN: Sabes de sobra que las mandrágoras son casi plantas y detestan el fuego ¡Vamos!

RUTH: ¡Espera! ¿Y si fueran los bandidos?

JUAN: Tendremos que arriesgarnos.

RUTH: ¡Esteban diría que siguiéramos el camino de Londres...!

JUAN: ¡Ruth! ¡Esteban no puede hablar ahora, y lo que necesita son cuidados, comida y agua!

No es necesario que vengas sino quieres. ¡Yo puedo hacerlo solo.
(Carga sobre su hombro a y con dificultad, avanza hacia el humo)

RUTH: *(Cargando a Esteban del otro brazo)*
¡Vamos!

(Salen)
(Entra el trovador)

TROVADOR: *(Canta)*

"La espina se esconde en la rosa,
bajo la capa, el puñal.
Tras la doncella, la moza,
tras el muchacho, el galán,
tras de la moza, la esposa,
y esposo tras el galán,
tras de los dos, el amante,
y la sospecha, detrás,
y en la sospecha los celos
de la rosa y el puñal.

La espina se esconde en la rosa,
bajo la capa, el puñal.
Tras el puñal va la muerte,
tras de la muerte...¿Quíen va?"

CUADRO IV

El salón central de una casa de campo de la época: "La mansión de las rosas", residencia de Lady María, dama normanda viuda, de mediana edad, que aún conserva todo su atractivo.

ESCENA I

ESTEBAN: *(Voz fuera)*
¡Ya está bien! ¡Soltadme! Puedo andar solo.
(Entran con paso vacilante. Lleva la cabeza vendada)

¿Véis?
(Le fallan las piernas y cae)
(Entran, para ayudarle, Ruth y Lady María. Ruth viste una túnica carnesí, regalo de la dama)

L. MARIA: Aún estás muy débil, muchacho. Deberías volver a la cama.

ESTEBAN: ¡Maldita sea la estirpe de saladino! ¡No quiero dormir más!... Perdonadme, Lady María. Soy un bocazas. Quiero decir que ya me encuentro bien.

L. MARIA: Yo no pienso como tú, mozalbete. Tienes un buen golpe en la cabeza y convendría q te reposaras unor días.

ESTEBAN: Pero, Señora...

L. MARIA: ¡Si, ya sé: No tienes tiempo! Jerusalén está esperando que tú la liberes del yugo sarraceno. No pude convencer a mi marido ni a mi hijo para que no marcharan a esa loca guerra, así que no lo intentaré contigo. Pero mientras estés en mi casa, me obedeceras. Siéntate en esa silla y descansa. Yo vuelvo a la cocina, estoy asando un faisán para bravos cruzados y su ángel de la guarda.

ESTEBAN: ¿Dónde está Juan, Señora?

L. MARIA: En el jardín, cortando rosas. Imagino que son para Ruth, pero se marchitarán de envidia cuando se vean en manos de una flor mucho más hermosa.

RUTH: *(Fría)*
Sois muy gentíl, Señora, y os agradezco que me hayáis prestado vuestra túnica.

L. MARIA: No es un préstamo, Ruth. Es un regalo. Yo no tengo para quien lucirla, y tú estás tan bonita con ella...
(Va a salir)

ESTEBAN: ¡Lady María!

L. MARIA: ¿Si?

ESTEBAN: Quiero daros las gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros, Señora. Yo...

L. MARIA: ¡Esteban, no es necesario!

ESTEBAN: ¡Sí que lo es! Yo... sólo soy un siervo sajón y vos una noble normanda. Nunca recibí, de un normando, otra cosa que insultos y palizas: Mis padres sufrieron su crueldad, y yo crecí odiando sus castillos, su arrogancia y su lengua

francesa... Es la primera vez que un normando me trata como un ser humano.

L. MARIA: ¿No te olvidas de Juan?

ESTEBAN: ¡Juan es distinto! ¡Es mi hermano de sangre! ¡No importa que sea normando!

L. MARIA: ¡Ojalá llege un día, en que sajones y normandos sigan vuestro ejemplo y se sienten a la misma mesa como los hermanos que son...! ¡Y hablando de mesa! ¡El faisán se está quemando!
(Sale)

ESTEBAN: ¡Faisán! ¡Y un colchón de plumas! ¡Y ese vestido que llevas! ¡Y las rosas del jardín! ¡Y Lady María!... ¡Y toda esta casa! ¿No es maravilloso?

RUTH: Sí... Esteban.

ESTEBAN: ¿Qué?

RUTH: Ya te encuentras bien. ¿No crees que debériamos continuar el viaje?

ESTEBAN: *(Jovial)*
¡Después de comer!

RUTH: Hablo en serio.

ESTEBAN: Podríamos quedarnos unos días. Lady María tiene razón: convendría que descansáramos...

RUTH: ¡Hace apenas una hora decías lo contrario! ¿Es que un faisán y una cama blanda han sido suficientes para hacerte olvidar que querías ser cruzado?

ESTEBAN: ¡No!...
(Soñando)
Pero esta casa ¡Es tan bonita! ¡Es como una tentación!... Podría quedarme aquí para siempre.
(Entra Juan, con un ramo de rosas en la mano)

JUAN: ¡Hola Esteban! ¿Ya estás levantado?

ESTEBAN: Tuve que pelear duramente con dos mujeres, pero salí victorioso.

RUTH: ¡Qué rosas tan bonitas!

JUAN: Las corté para Lady María. ¿Sabéis como se llama esta casa? La "Mansión de las rosad" ¡Es un jardín en medio del bosque!

RUTH: ¿Puedo olerlas?

JUAN: *(Duda)*
Claro...
(Se las ofrece. Ruth se pincha con una espina al cogerlas)

RUTH: ¡Ay!

JUAN: ¿Te has pinchado?

ESTEBAN: ¡Déjame que lo vea!

RUTH: ¡No! ¡Esas malditas rosas... siempre tienen escondidas las espinas!
(Sale, corriendo)

JUAN: ¿Qué le pasa?

ESTEBAN: No lo sé. Creo que no se encuentra a gusto aquí, y quiere continuar el viaje.

JUAN: Y tú. ¿Qué piensas?

ESTEBAN: Yo... voy a hablar con ella.
(Sale)

ESCENA II

L. MARIA: *(Voz fuera)*
¡El faisán es un trozo de carbón!
(Entra)
Pero traigo queso, jamón uvas y una jarra de hidromiel.
¡Hola Juan! ¡Qué rosas tan bonitas!

JUAN: Las he cortado para vos.

L. MARIA: ¿Para mí? Gracias...
(Las pone en un jarrón)

JUAN: Estáis llnrando.

L. MARIA: Tienes que perdonarme... ¡Hacía tanto tiempo que un caballero no me regalaba flores! Pero ¡Basta de tristeza y a comer! Desde que llegastéis no habéis tomado nada Juan, tú te sentarás aquí, donde lo hacía mi hijo. Esteban aquí, y Ruth a mi lado ¿Dónde están esos dos?

JUAN: En el jardín.

L. MARIA: ¡Pues ve a buscarlos! Es hora de comer. Ya tendrán tiempo de hacerse caricias.

JUAN: Creo que están hablando

L. MARIA: ¿Y tienen que hacerlo en el jardín?

JUAN: Prefieren hablar solos.

L. MARIA: ¡Qué pasa, Juan?

JUAN: Creo que nos marcharemos esta misma tarde.

L. MARIA: ¿Por qué? Aquí estáis a salvo. Hay comida en abundancia y habitaciones para todos.

Desde que murieron mi esposo y mi hijo, esta casa se ha ido haciendo demasiado grande para una mujer sola.Todos estos años he tratado de aliviar la soledad charlando con los campesinos que me abastecen de provisiones, y recibiendo las visitas de algún que otro caballero viudo con pretensiones de matrimonio, que siempre he rechazado. Con el tiempo, me he ido acostumbrando a esta vida de ermitaño... Pero llegásteis vosotros y, en unas pocas horas, me habéis hecho olvidar la tristeza de años: Esteban, con su recia y sana alegría; tú, Juan, tan sensible y que tanto me recuerdas al hijo que perdí por las cruzadas. Y vuestro ángel Ruth, tan bella... como misteriosa.
¿Por qué tenéis que marcharos? Fuera de esta casa sólo hallaréis sufrimiento y pobreza.
¿Qué gloria esperáis encontrar matando hombres en una tierra extraña?

JUAN: Señora: Deseo quedarme en esta casa más que nada en el mundo. Nunca me gustó la idea de ser soldado. Mi padre me azotaba a diario porque no sabía manejar el arco, ni montar a caballo como él, ni sostener con fuerza la espada... Pero, Esteban es mi hermano, y me debo al juramento que hicimos. Si decide seguir el camino de Londres, yo iré con él.

L. MARIA: ¡Esteban no sabe lo que quiere! ¡Tiene la cabeza alborotada con tantas historias de cruzados! Si hablaras con él, estoy segura de que cambiaría de idea.

JUAN: Ruth es más poderosa que yo.

L. MARIA: ¿Qué quieres decir?

JUAN: Ella le domina por completo. Y ha decidido continuar el viaje.

L. MARIA: Es una muchacha extraña. Tan bella...pero tan fría ¿Qué interés puede tener en marchar a una cruzada?

JUAN: Quiere salir de aquí por que os tiene miedo.

L. MARIA: ¿Miedo de mí? ¿Por qué?

JUAN: Quizás teme que descubrais su secreto.

L. MARIA: ¿Su secreto?

JUAN: No debería de hablaros de esto: Sólo son sospechas mías. Pero temo por Esteban. Está demasiado enamorado para darse cuenta.

L. MARIA: Habla claro, Juan

JUAN: Apareció en el bosque, diciendo que no sabía quien era. Estuvo encantada de venir a Londres con nosotros, cuando apenas nos conocía... Y, sobre todo, entró en la cueva de las mandrágoras como una reina en su palacio.

L. MARIA: ¿Estás diciendo que Ruth es... una mandrágora? ¡Pero os rescató de ellas!

JUAN: Lo sé. Y he pensado mucho sobre ello: Quizás no recordó lo que era, hasta que se vió en medio de sus congéneres, o, tal vez, alguno de ellos la reconoció y se lo dijo.

L. MARIA: Pero ¿Porqué salvaros la vida?

JUAN: Las mandrágoras también pueden enamorarse, Lady María.

L. MARIA: Si estás en lo cierto, tanto Esteban como tú, corréis un gran peligro.

JUAN: ¿Qué podemos hacer?

L. MARIA: Averiguar la verdad.
(Saca una daga de un cajón y la pone sobre la mesa)

JUAN: ¿Osreferís a producirle una herida? Pero el tajo debe ser profundo, ha vivido mucho tiempo entre los hombres.

L. MARIA: No le haremos daño; sólo la enfrentaremos a si misma: Si es inocente se someterá, sin reparos, a la prueba. Si es una mandrágora tratará de eludirla: Eso probaría su culpabilidad.

JUAN: ¿Y que haremos si se trata de una Mandrágora?

L. MARIA: La dejaremos volver con los suyos.

JUAN: Esteban quedará destrozado.

L. MARIA: Es joven. Se recuperará.

JUAN: ¡Ya llegan!
(Entran Ruth y Esteban)

ESTEBAN: Sentimos habernos retrasado Lady María, pero teníamos que decidir uno asunto.

L. MARIA: ¿Qué asunto tan importante es ese, que os ha hecho olvidar la comida?

RUTH: Nos vamos a Londres , Señora.

ESTEBAN: Si. Queremos agradeceros vuestra hospitalidad y vuestros cuidados, pero es hora de partir ¡Jerusalén nos espera! Y, cuando volvamos, os traeremos un escudo sarraceno para que lo colguéis en vuestra chimenea.

L. MARIA: Supongo que vuestra decisión es firme.

RUTH: Completamente.

L. MARIA: Entonces, no me queda más que lamentar vuestra marcha y desearos suerte.

ESTEBAN: Nunca os olvidaremos, Señora ¡Vamos Juan!

L. MARIA: Esteban.

ESTEBAN: ¿Señora?

L. MARIA: ¿No deberías tener más cuidado al escoger a tus acompañantes?

ESTEBAN: Señora, Juan es mi hermano y Ruth... bueno, Ruth es como si fuera un ángel.

L. MARIA: Como si fuera un ángel... o un demonio.

ESTEBAN: ¡Qué decís, Señora!

L. MARIA: ¡Deja que se explique ella misma!

RUTH: ¿Qué queréis saber, Lady María?

L. MARIA: Quién eres, en realidad.

RUTH: Ya he dicho que no lo sé. Caí y perdí la memoria.

ESTEBAN: ¡Dejadla en paz! Esto es cosa tuya, Juan. ¿Qué le has contado a Lady María?

JUAN: ¡Sólo lo que he visto y oído en la cueva de las mandrágoras!

L. MARIA: ¿Quién eres, Ruth?

RUTH: ¡No lo sé! ¡No lo sé!

ESTEBAN: ¿Es que no me habéis oído, Señora? ¡He dicho que la dejéis en paz! ¡La estáis asustando!

JUAN: ¡Se asusta porque sabe que es culpable!

ESTEBAN: ¡¿Culpable de qué?!

L. MARIA: *(Cogiendo el cuchillo)*
¡Ruth, no saldrás de mi casa sin decirnos quién eres en realidad!

RUTH: *(Muy asustada)*
¿Váis a herirme, Lady María?

L. MARIA: Mi esposo arrebató este puñal a un sarraceno; lucharon por él, y Eric lo hundió en el pecho de su enemigo. Ya ves que está acostumbrado a la sangre: Sabrá cumplir su misión.
(Esteban se abalanza sobre Lady María. Juan se une al forcejeo. El puñal cae al suelo)

ESTEBAN: ¡Bruja!
(A Juan)
¡Has traicionado nuestro juramento.
(Golpea a Juan que cae)
¡¡Malditos normandos!!
(Ruth se apodera del cuchillo y avanza hacia Lady María)

JUAN: ¡Lady María, cuidado!
(Cuando parece que va a descargar el golpe, Ruth gira el

cuchillo y lo hunde en su propia mano. La sangre que brota es roja)

RUTH: Creo que es... bastante... roja...
(Se desvanece)

L. MARIA: ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

ESTEBAN: ¡Ruth! ¡Si le sucede algo, os mataré! ¡Juro que os mataré!

L. MARIA: ¡Hay que vendar esa herida!

ESTEBAN: ¡No os acerquéis a ella!

RUTH: *(Recuperándose)*
La herida es profunda, Lady María ¿Podéis darme algo para el dolor?

L. MARIA: *(Le aplica un ungüento y venda la herida)*
¡Querida niña, nunca podrá perdonarme!

JUAN: Vos no tenéis la culpa; fui yo con mis malditas sospechas.

RUTH: Yo las provoqué, Juan. Os mentí a los dos: Mi nombre es Magdalena. Mi padre fue un caballero normando pero, a diferencia de sus pares, detestaba la brutalidad de los torneos, las cacerías y, por supuesto, las expediciones a Tierra Santa... Amaba el estudio de las lenguas clásicas —por eso pude contestarte en latín, Juan—. Y su curiosidad no tenía límites: todo le interesaba, incluso las costumbres de las mandrágoras sobre las que, seguramente, sabía más que nadie.
Hace tres meses murió, dejándome al cuidado de su primo Felipe que era la antítesis de mi padre. Le gustaba beber y pelear, y pronto se encariñó demasiado conmigo. Una noche que estaba muy borracho y me perseguía por todo el castillo, escapé al bosque y caí en la cueva donde nos conocimos. Cuando Esteban me confundió con un ángel, pensé que sería mejor pasar por uno de ellos que decir la verdad. Tenía miedo de que, al ser solamente una chica, no me dejarais ir con vosotros y me encontrara mi tío.
Depués me enamoré de Esteban.

JUAN: Dos veces nos salvaste la vida, y yo he estado a punto de hacer que perdieras la tuya.

RUTH: Pensaste que quería arrebatarte el cariño de tu hermano, que me interpondría entre vosotros dos... Y te defendiste. Yo hubiera actuado del mismo modo.

JUAN: Ya no puedo llamarme su hermano: He traicionado el juramento.

ESTEBAN: So yo quien tiene que decidir eso. Y decido que Juan, el normando, es mi hermano por la sangre y el afecto ¡Vamos a Jerusalén, Juan, a demostrarles a esos sarracenos lo que valen dos cristianos!